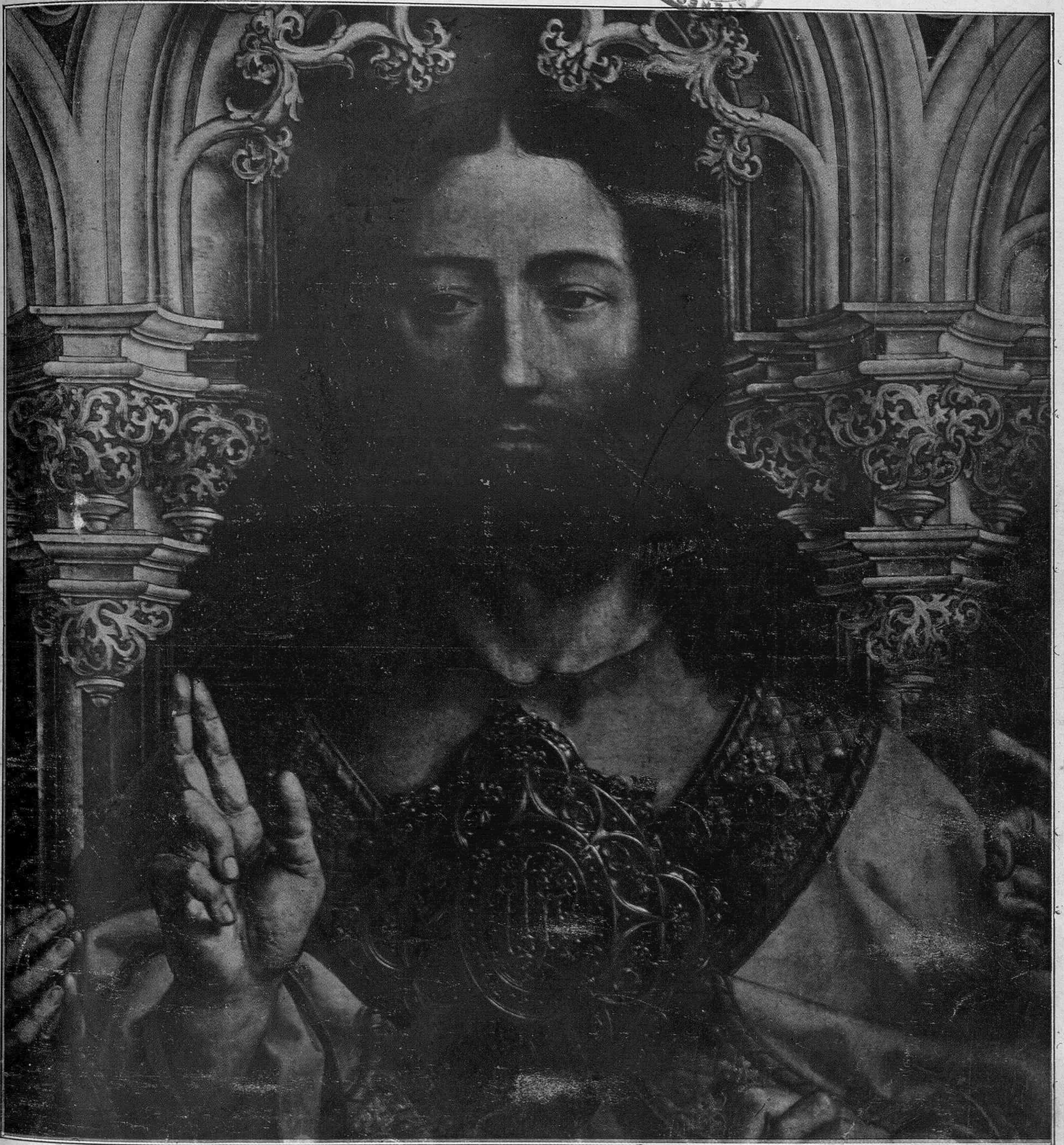


La Esfera

Año IX • Núm. 431



Precio: Una peseta



EL SALVADOR, fragmento de un cuadro de Van Eyck, que se conserva en el Museo del Prado

LUPO, SARGENTO

Novela de la guerra por **CARLOS MICÓ ESPAÑA** Cabo de la Legión extranjera, miembro de la S. T. y de la O. E. O.

(Ilustraciones de **RICARDO MARÍN**)

es el título del número **EXTRAORDINARIO** que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

50 céntimos ejemplar

Calidad en los autores :: Cantidad en la lectura :: Baratura en el precio

son los tres lemas á que se sujeta en su publicación

LA NOVELA SEMANAL

Los corresponsales de **PRENSA GRÁFICA** en provincias y en el Extranjero, los vendedores de periódicos en todas las localidades, las librerías, los quioscos y puestos de venta de periódicos, las Bibliotecas de las estaciones de Ferrocarriles de todas las redes españolas, tienen á la venta ejemplares del número corriente **TODOS LOS SABADOS**, y de números atrasados en cualquier momento. Unos y otros se venden al precio único de

25 céntimos ejemplar en toda España

En la República Argentina **LA NOVELA SEMANAL** se vende con el título de **LA NOVELA ESPAÑOLA**. Está de venta en todos los puestos de periódicos y en casa de los Agentes de Prensa Gráfica en la República Argentina Sres. Ortigosa y C.^a, Rivadavia, 698, Buenos Aires

LEA USTED
LOS VIERNES

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA
10 cént. en toda España



Misterios de la Policía y del Crimen

Pídase á la Administración
de esta Revista

Maravillosa Crema de Belleza
PERFUME SUAVE
J. LESQUENDIEU - PARIS

REINE DES CREMES

DE VENTA EN TODA ESPAÑA

PARA ADELGAZAR

EL MEJOR REMEDIO
DELGADOSE
PESQUI



No perjudica á la
salud. Sin yodo, ni
derivados del yodo,
ni thyroidina.

Composición
nueva, desaparición
de la gordura
superflua.

Venta en todas las farmacias, al precio de 8 pesetas frasco, y en el Laboratorio "PESQUI".
Por correo, 8,50. Alameda, 17, San Sebastián (Guipúzcoa), España.

—Esta mancha
en tinta negra,
¿qué presenta?
¿Qué figura?
—Cosa opaca,
cosa triste.
—Lo contrario
es PECA-CURA.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. —
Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50.
6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones
para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO,
ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE,
ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL,
MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20.
Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con
estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

INSTALACIONES DE LA FERIA DE MUESTRAS DE BARCELONA



«Stand» de la Casa Hijo de Miguel Mateu, que figura en la Feria de Muestras de Barcelona

«Stand» de la Casa HIJO DE MIGUEL MATEU

ESTE stand, con sus proporciones, sus soberbias máquinas y su presentación, muy justa y de señalado buen gusto, ha sido de los que han dado más calidad é interés á la última Feria barcelonesa.

Basta decir, para justificar su importancia, que entre las máquinas que el público ha admirado figuraban las siguientes: una fresadora universal Cincinnati, número 2; un torno Lodge & Schipley de 16' x 10' un martillo Demoor de 75 kilos; una cizalla combinada Henry Pels, para cortar chapas hasta 16 mm. y hierros perfilados; una fresadora vertical Cincinnati, número 2 M; un taladro Bickford, hasta 32 mm.; un torno revolver automático Ackme, de Cincinnati; un taladro radial, de 3 1/2' Cincinnati Bickford.

Las especialidades del utilaje, como son: brocas, escariadores y fresas de la Unión Twist Drill Co., de Athol (Mass); cojinetes, terrajas y machos, de la S. W. Card Mfg. Co., de Mansfield, y las famosas muelas Norton, universalmente conocidas, de la Norton Co., de Worcester, estaban representadas por ejemplares del mayor interés.

Hay que señalar, además, la minerva Gordon con marcador automático Miller, que en esta ocasión ha sido presentada al gran público barcelonés, causando verdadera sensación



«Stand» de la Casa Kalamazoo en la Feria de Muestras de Barcelona

entre los impresores, ya que aumentando enormemente la producción normal de una minerva, requiere muy escasa atención personal, pudiendo un solo operario atender dos ó tres de tan interesantes máquinas, sin que ello sea obstáculo á obtener un registro exacto, que permite obtener tricromías, grabados, etc.

También figuraba en este stand un muestrario completo de perfiles de vigas y formas U, de la Sección Hierros, en cuyo ramo, como es sabido, ocupa en nuestro país lugar preeminente la Casa Mateu.

«Stand» de la Casa KALAMAZOO

EN la presente fotografía ofrecemos á nuestros lectores una vista del stand presentado en la Feria por la Casa Kalamazoo, en el cual ha expuesto una infinidad de modelos de libros de contabilidad, de todas clases, de un sistema de hojas sueltas que reúnen condiciones excepcionales por las grandes ventajas que ofrece para el trabajo, pues facilita la clasificación, hace más fáciles los asientos, brevia la preparación de extractos de cuentas y balances, y otras muchas condiciones que hacen que este sistema de libros sean los más útiles, y que justifica lo visitadísimo que se ha visto este stand y el gran éxito que ha obtenido en la Feria.

LA FERIA DE MUESTRAS DE BARCELONA

Los aceites ingleses PRICE'S

ENTRE los stands que se han visto más concurridos en la Feria de Muestras de Barcelona, figura en primer término el instalado por don Carlos Salamanca, representante general en España de los famosos aceites ingleses Price's, cuya superioridad sobre todos sus similares es reconocida por su especial composición de Aceite Mineral ó Hidrocarburos y materias grasas animales que, por su gran riqueza en oxígeno, no dejan residuos en los motores y, por consiguiente, reúnen mejores condiciones que los puramente minerales.

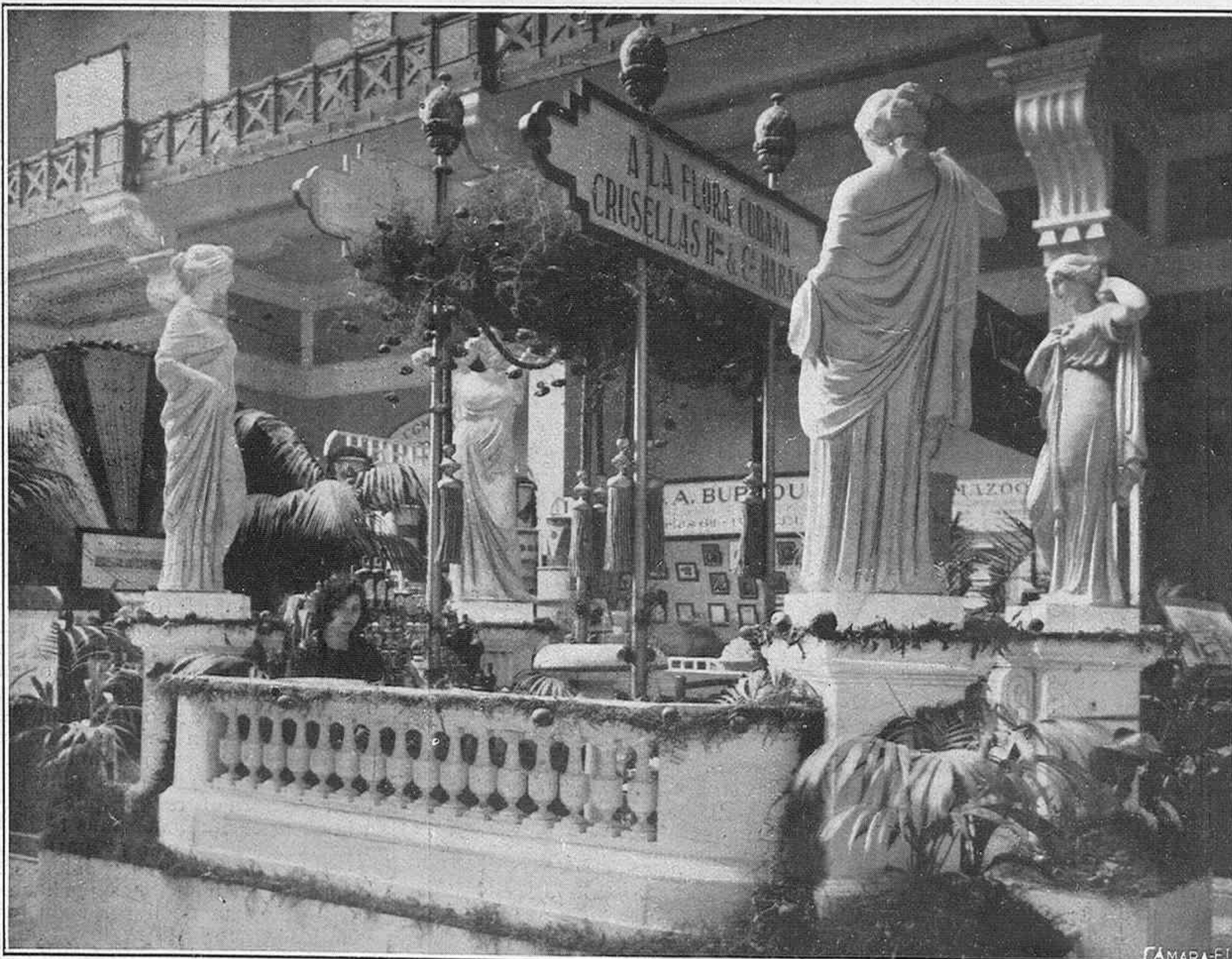
Los aceites ingleses Price's han sido adoptados por el Almirantazgo inglés y por las Empresas navieras é industriales británicas, siendo los únicos recomendados y adoptados por la conocida Sociedad Rolls Royce, famosa en el mundo por su seriedad y por ser la que más esmero pone en el cuidado de sus motores.

Los aceites Price's hacen tipos especiales para automóviles de todas marcas, siendo muy recomendado por la Casa el tipo Compound Medium fas Engine (especial para Ford), que suprime en absoluto los engrasamientos de bujías y dificultades para la puesta en marcha en tiempo frío.

Todas estas cualidades hacen que los aceites ingleses Prices's hayan sido acogidos con entusiasmo en el mercado español y su gran éxito en la Feria de Muestras de Barcelona.



Instalación de los acreditados aceites de la Casa Price's en la Feria de Muestras de Barcelona



«Stand» de la Casa Crusellas Hermano y Compañía, de la Habana, que figura en la Feria de Muestras de Barcelona

«Stand» de la Casa CRUSELLAS HERMANO Y COMPAÑÍA.--Habana

REPRODUCIMOS en esta fotografía una vista del stand que la conocida razón social Crusellas Hermano y Compañía, de la Habana, ha presentado en la Feria de Muestras de Barcelona, y que ha llamado poderosamente la atención de los visitantes, habiendo sido elogiadísimo el buen gusto que predominaba en todos los detalles de la elegante y artística instalación.

Entre las especialidades que presentó la Casa Crusellas en su stand, figura en primer término su conocidísimo Rhum Quinquina Crusellas, que lleva la marca «A la Flora Cubana», y que se ha hecho famoso en el mundo por sus altas cualidades en cuanto á fabricación, higiene y perfume. Igualmente presenta, además del Rhum Quinquina, la Violeta Blanca Florida, Colonia «Mercedes», agua «Rosicler» para el cutis, Colonia Imperial, Agua de tocador, jabones, lociones, polvos, esencias, etc.

De algún tiempo á esta parte, y para atender al mercado de España, la Casa Crusellas Hermano y Compañía ha montado una Fábrica Sucursal en Badalona.

El stand de esta Casa en la Feria ha tenido un verdadero éxito.

La Esfera

Año IX.-Núm. 431

Madrid, 8 Abril 1922

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



¡Semana Santa de ayer! ¡Tardes aromosas y claras del Madrid pretérito! El estilo inquieto, el impresionismo turbulento y vibrante de Ricardo Marín, se hacen grave y austera serenidad en esta escena evocada con fácil maestría y profundo sentimiento. Una madrileña gentilísima, con la mantilla negra y el traje negro del Viernes de la Agonía, atraviesa la Plaza Mayor, al tiempo que la procesión inflama el histórico lugar con su patética belleza. Dos pobres la asedian. Mendigo de amor, el uno; mendigo de hambre, el otro. Aquél se cubre de elegancia; harapos míseros mal cubren las carnes de éste. Y la madrileña pasa por entre ambos, lleno de piedad su corazón para ambos. Que no en vano la primavera sugiere ideas de pagánías y la liturgia inquieta el espíritu con cristianas tristezas...

DE LA VIDA QUE PASA

LAS CENIZAS VUELAN

Los muertos nos estorban. En su crecimiento gigantesco, las nuevas ciudades invaden los terrenos apartados y antes solitarios, en donde la piedad fué depositando los restos de los antiguos pobladores. Los pretenciosos edificios de los ensanches van alzándose á lo largo de las flamantes avenidas, hasta que un día se asoman por encima de las ruinosas tapias de los camposantos. Y entonces se piensa que los pobres difuntos ocupan demasiado terreno. Después de todo, ¿para lo que hacen! Es precisa una monda: ¡terrible palabra! Es necesario, al menos, un traslado. Si hubieran sido respetadas las sepulturas de todos los seres humanos muertos desde la creación, ó nada más desde el comienzo de la Edad Moderna, ellas ocuparían toda la superficie del planeta. No hay más remedio que achicar el espacio destinado á los muertos, para que puedan respirar y propagar la especie los vivos.

Algunos escritores piadosos nos hablan de las viejas necrópolis de París, alguna de las cuales ha sido rodeada de edificios suntuosos y convertida en parque florido; pero dígame cuanto se quiera en favor de este sistema, acaba siempre en vergonzosa profanación. Los paseantes concluyen por contemplar las piedras funerarias con la misma indiferencia y falta de respeto con que miran los quioscos de refrescos y los cartelones de anuncios. No se concibe á Hamlet filosofando con el cráneo de Yorik en la mano, rodeado de un tropel de grisetas, que comen emparedados, oyendo los gritos de los *camelots* que pregonan sus baratijas, y viendo pasar sobre su cabeza el expreso «París-Lyon-Mediterráneo» ó el corto de Azuqueca.

Musset se alzaría de su cenotafio y renegaría del sauce, á cuya sombra los soldados y las niñeras se dirían requiebros de endiablada sintaxis. Rodeada de restaurantes, nos parecería grotesca la misma tumba de Mausoleo. No solamente estorban los muertos á los vivos, sino que éstos turban el sueño de los que ya no viven, y son capaces de trocar en baile de apaches la danza macabra. No. Es preciso absolutamente que el campo de reposo no lo sea jamás de bullicio; y lo es también que los lugares de trabajo y de esparcimiento no recuerden demasiado que todo el trabajo del hombre es estéril y toda su alegría ficticia.

Y ¿qué hacer con los muertos? Una gazonería hipócrita se opone á la cremación, olvidando que ella fué practicada en los primeros siglos del Cristianismo; y no sintiéndose capaz de quemar restos sujetos á una combustión lenta é implacable, se cruza de brazos y deja que las turbas de vagabundos destruyan las an-

tiguas Sacramentales, rompan las urnas cinerarias y, profanando lo que queda de nuestros antecesores venerados, esparzan sus cenizas á puntapiés.

□□□

Nada más triste, nada más vergonzoso que la contemplación de estos antiguos cementerios, que un tiempo fueron verdaderos lugares de reposo, y hoy son teatro de todas las profanaciones y de todos los salvajismos. ¿Qué son las tetricas é interminables zanjas de Annual y de Dar-Drius, expuestas á la socavación del pico de los cuervos y del cuchillo de los indígenas, ante esos montones de escombros y de huesos roídos, de lápidas despedazadas y de cráneos amarillentos, abandonados á todas las ferocidades y todas las rapiñas? Nos aterra é indigna pensar que aquel tierno abuelito que nos prodigó tantas caricias, y en cuyo nicho depositamos, en nuestra infancia, tantos ramilletes de flores, ya no está para nosotros en sitio alguno;

que aquel hermanito sonrosado que un día fatal cambió los encendidos matices de sus mejillas en amarillentas suavidades de cera, y al cual vimos en su cajita azul, coronado de rosas de té, habrá sido arrojado á un muladar, lo mismo que un can abandonado ó un animal dañino. Todo, porque asustó á los tímidos la cremación, con la cual hubiéramos podido conservar sus cenizas benditas, y los cuales no han hecho nada para impedir que los cementerios sean destruidos, profanados y convertidos en estercoleros, con menoscabo de la piedad y aun de la salud pública.

Y, así, ya sabemos lo que nos espera. Seremos llevados en mascarada fúnebre y ritual á la nueva necrópolis. Durante algún tiempo, podrán los seres que nos aman saber que nada turba el silencio de nuestro sueño místico; pero un día, alrededor nuestro será removida la tierra; y cuando nuestros nietos vayan á visitarnos, un día en que sientan la curiosidad de las cosas que

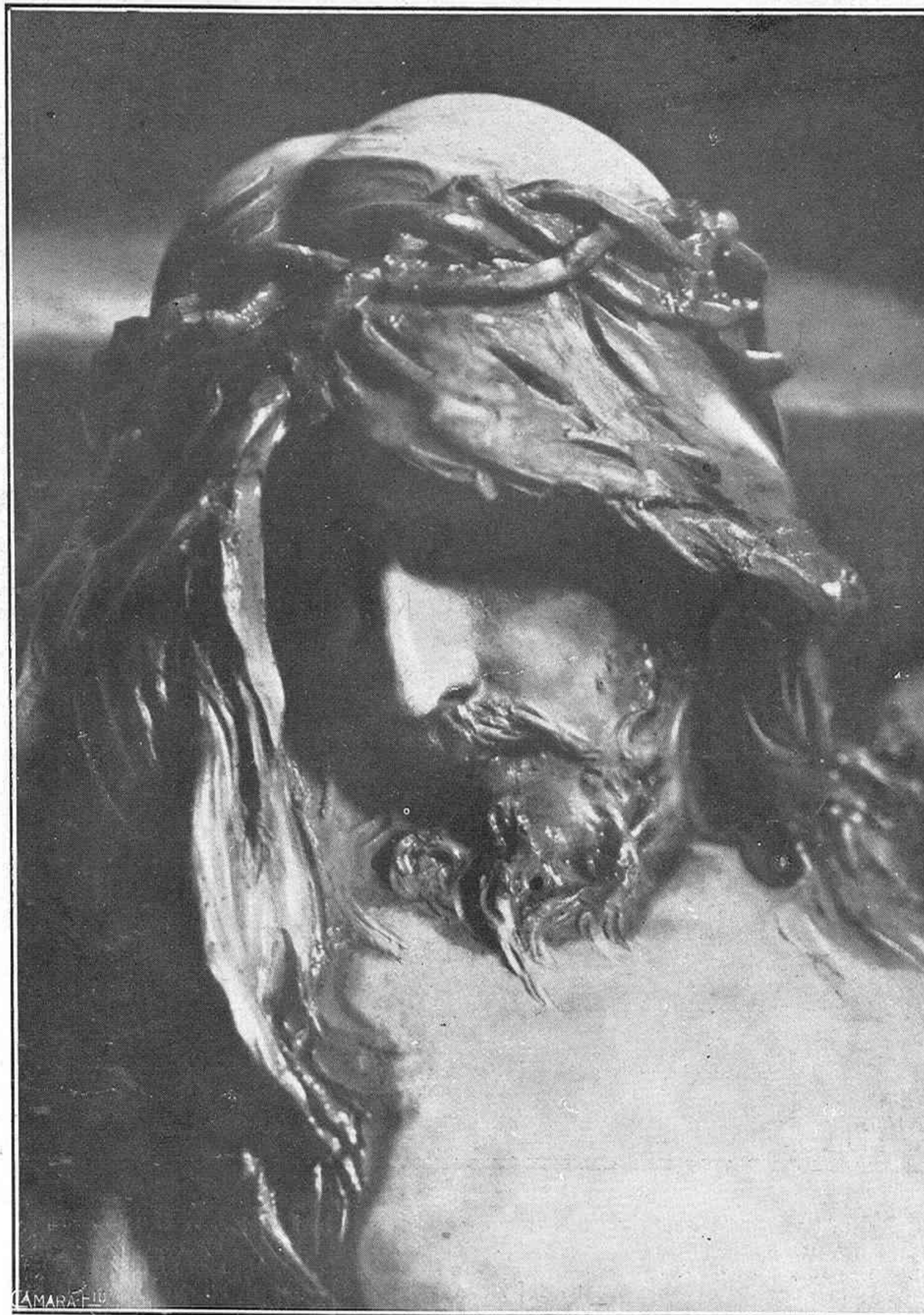
ya no son, encontrarán en el lugar en que fuimos depositados una fábrica de gaseosas, un *garage*, un establo, ó bien un merendero con letreos en que puedan leer estupefactos: «Se hacen guisados y paellas. Hay pianola. Especialidad para bodas y bautizos.»

□□□

Después de todo, ¿qué más nos da? Un prosaísmo repulsivo ahuyentará nuestro postrer ensueño, después de haber pisoteado con sus pezuñas asquerosas tantos otros embelesamientos y dulces transportes. Nos queda el consuelo de saber que los restos de unos cuantos personajes célebres serán buscados y llevados, si se encuentran, de un lado para otro; que ante ellos serán pronunciadas engoladas y huera arengas, y gracias si ellas no son implacables como la pronunciada por Zorrilla en el sepelio del desgraciado Larra. Todo homenaje, aun siendo póstumo, es algo como una crucifixión, en que la vulgaridad se cierne sobre el genio abatido. Y, pasados los tiempos, los restos se perderán definitivamente, como los de Cervantes y Lope de Vega. Fenecidas todas las glorias y despedazadas todas las Itálicas, todos los cenotafios son los del soldado desconocido, ante el cual pudieron llorar muchas madres, no sabiendo si encerraban ó no al idolatrado fruto de sus entrañas, y sobre los cuales acabarán por pasar las nuevas vías y corretearán los nuevos rapaces, en cuyas frentes estará nuestro verdadero sepulcro, si hemos acertado á incorporar á su espíritu el nuestro, y en cuyo olvido estará nuestra verdadera sanción, si no hemos sabido ser sobre la tierra sino un despojo más.

ANTONIO ZOZAYA

LA ESCULTURA RELIGIOSA



«Muerte del Redentor», escultura de Atché, que se conserva en Barcelona

RELIEVES SEVILLANOS: LA "SAETA"

Así como el desfile de imágenes perpetuando la tragedia del Calvario es en Sevilla exacto, uniforme y regular á través de los años, y es idéntico y arraigado el prurito de cada Hermandad de competir en ostentación y en lujo con las restantes, prurito que hace de cada «paso» fúlgido arsenal de oros y sedas y terciopelos y tisús y piedras preciosas, hay algo en esta ceremonia religiosa nota de insubordinación de la fe, voto de unción y de misticismo, grito desgarrado del alma, que va adquiriendo con el tiempo nuevas modalidades diferenciales y nuevos cambios inusitados. Nos referimos á la «saeta».

La «saeta» va perdiendo en gravedad hierática lo que va ganando en flexibilidad y giros populares. Va dejando de ser la copla monótona, sempiterna, sujeta á la misma cadencia, al mismo *ritornello*, para convertirse en la copla ligera, alada, con reminiscencias de *cante jondo*, con amplia libertad volandera, con temas audaces, mezcla ideal de pagania y de misticismo religioso—que va más bien en la quejumbrosa armonía de su música—; va dejando su viejo empaque oficial, para degenerar en algo voluble, cambiante y ruidoso como el alma misma del pueblo, que se muestra sin rubores y con todo su amor y su creencia divina en la brava copla, donde muchas veces su filosofía es el



rados y exangües; es la copla popular, plena de fervor en el amor divino, hendiendo los aires mates del ambiente saturado de incienso, como un trémolo de angustia; es el breviario sentimental y místico de los sevillanos, depositado á los pies de las imágenes veneradas como un auto de fe, señero, nostálgico, hiriente y romántico; es la explosión rítmica del sentimiento celeste, que, partiendo de la tierra, no perdió bravos atisbos de pasiones y de celos, y de rencores remotos; es la copla cuasi laica, engarzada en un hondo espíritu de sumisión y de acatamiento hacia las tradiciones; es, en suma, la «saeta» la más genuina glosa de la psicología especial del alma sevillana, mitad mora y mitad cristiana...

La antigua «saeta» reflejaba únicamente la modalidad mística de nuestro espíritu. Es decir: no era más que eso: la exaltación de nuestro fervor religioso, que no respondía al estado genérico del pueblo, que, al propio tiempo, sentía el amor humano con toda su tiranía. Porque el pueblo quiere á sus Vírgenes con algo de espiritual sensualidad, con amor varonil y enérgico, libre de la mácula de un pensamiento grosero. Quiere el pueblo á sus Vírgenes como quiere á sus mujeres, y como á sus mujeres las piropea y las canta.

La «saeta», pues, ha tenido por fuerza que derivar hacia el *cante jondo*, sin desvirtuar con ello la pureza de su génesis místico. La «saeta», ahora, viene á ser lo que nunca fué: la fusión de la fe del amor humano con la exaltada fe del amor divino, porque el *cante jondo* es el sentimiento de la fe en el amor humano. De hoy en adelante, la «saeta», en plena fusión con el *cante jondo*, ante el cuadro

deslumbrante de la ceremonia bíblica, sin desligarnos de los lazos de la tierra, nos elevará, por la magia de su cadencia y de su trama sintéticamente trágica, y por los vivos resplandores de su fe desbordada, á las serenas alturas, donde luce como un fúlgido manto de los que pasean estos días las Vírgenes morenas sevillanas...

La «saeta» moderna, jirón de amor angustiado, grito de dolor de un pueblo divinamente enamorado, perdiendo en austera severidad, gana en simpatía y diáfana popularidad, porque ahora la «saeta» es, antes y después de todo, típica y genuinamente sevillana.

A. RODRIGUEZ DE LEON

Estampa de Pasión

Turbaban el reposo del Calvario
lentos llantos de esquilas bajo la tarde quieta,
y allá en la cumbre—viejo anacoreta—
meditaba un olivo centenario.

Voló un bando de grullas como un negro rosario,
del poniente escalando la sonrosada meta,
y echado al pié de una palmera asceta,
en el bíblico valle rumiaba un dromedario

Luego, invadió el gentío los senderos.
Y al sangrar el ocaso, quedaron tres maderos
lúgubres bajo un cielo sombrío de aguafuerte.

Gimieron las trompetas trágicas pesadumbres,
y una estría de sol amarillo de muerte
se encendió como un cirio del Gólgota en las cumbres

Miguel de CASTRO

«María Salomé» (detalle del grupo escultórico «La sagrada lanzada de Longinos», de la Cofradía de la iglesia de la Merced, de Málaga, obra del notable escultor D. Francisco Marco Díaz Pintado

motivo que más sugestiona y seduce á nuestro corazón ingenuo y enamorado. Hoy la «saeta» no es la «saeta» de antaño, aquella «saeta» grave, de cuatro versos pulidos, repetida por todas las gargantas, dentro de los mismos moldes, con el mismo ritmo severo, que hacían de la copla una lágrima y un sollozo, y una gota, aún caliente, de sangre. Hoy, no. La «saeta» moderna, amplificada, lleva aires de seguidillas gitanas ó de soleares, ó de bulerías, y es lágrima y sonrisa indistintamente, suspiro y arrullo, crepúsculo y rosicler de aurora, y lleva á las muchedumbres, ávidas y silenciosas, como el poder supersticioso de un constraite, que sin ser un sacrilegio es la misma irreverencia de la fe...

La «saeta» es la espontánea ofrenda del pueblo á sus Vírgenes morenas, á sus Cristos mace-

EL SANTO ENTIERRO DE TONICO EL LEGIONARIO

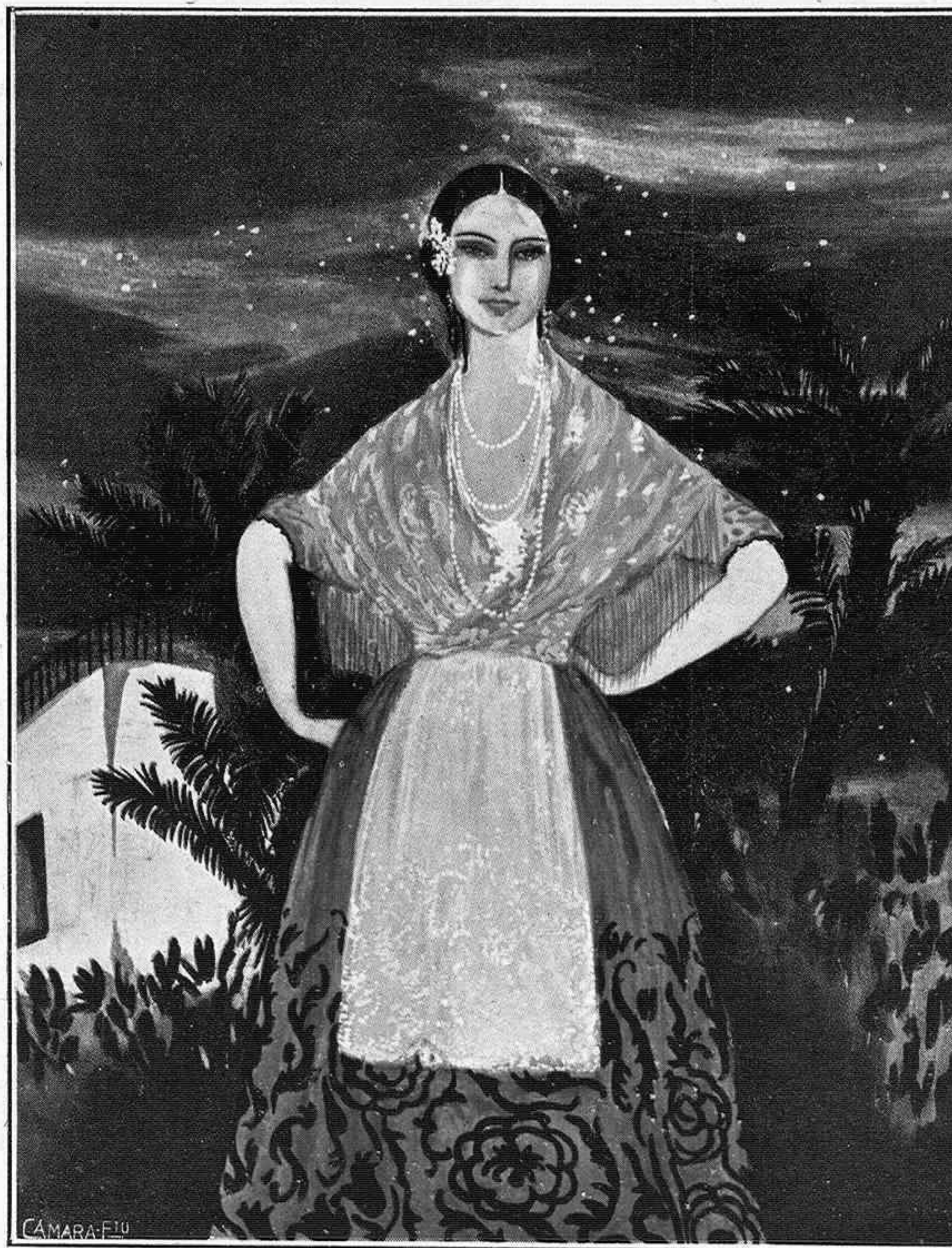
EN el gran silencio de la noche oriental, retumbó aún el seco estampido de una bala... Después, nada. Otra vez el silencio, sobre la gran llanura gris de luna y de polvo, en la que las lejanas montañas perfilaban una línea de plata sobre el azul nocturno del cielo, acribillado de enormes estrellas inmóviles.

Nadie en toda la inmensa planicie estéril, devastada por la guerra. Tónico el huertano era, en aquella loma que dominaba el llano, el único que vigilaba en la noche, llena de asechanzas... Lejos, escalonados, estaban los otros centinelas; pero él, más atrevido, ó acaso más inconsciente, había pedido estar en aquel puesto avanzado, realmente peligroso... Tal vez también porque aquel ribazo, en el que las chumberas erguían sus retorcidos perfiles de monstruos vegetales y los cactus se erizaban de sales espinosos, le recordaba su tierra murciana, tan querida...

Sí. Aquel «país de moros» le hacía pensar en la huerta... Todo era lo mismo, lo mismo... Las casas blancas, bajas, con azoteas floridas de geranios, en donde mujeres morenas y harapientas tendían al sol ropas de colorines, ó acunaban chicuelos negruzcos, cantando melancólicamente... Las callejuelas intrincadas y sombrías, en las que en vano esperaba hallar una cara conocida, obsesionado por la semejanza... Las acequias, cantarinas entre los aromos y las malvas, en las que las muchachas lavaban y reían entre sí, al verle... Las higueras grises y polvorientas, las altas palmeras inmóviles, los «higos de pala» entre las rocas amarillas... Todo era igual que en su tierra... ¡Lástima que todo aquello fuese de tales herejotes, condenados, con aquellas almas tan atravesadas y negras como sus caras de demonios... No. Pues lo que es él no había de dejar uno vivo, si se le ponía a tiro..., ó más cerca, porque su faja de huertano no le abandonaba nunca... Allí la sentía él, dentro de la faja, sobre el corazón, como una buena amiga silenciosa... Y ¡pobre del morito que se arrimase á Tono, el de la «guerta»! Se iba á ver como Pacorro, el jaque pinturero, el «marraco» más presumido de todos los que llevaban andas en las procesiones de Semana Santa... El que quiso quitarle el cariño de Fuensantica; y sí que se lo llevó, pero fué al otro mundo, dentro de su herida, más ancha que la hendidura de una granada abierta... Que por nada menos que eso estaba Tónico en la Legión, para expiar, matando para defender á su patria, el haber matado para defender su amor...

Sin querer, en el gran silencio nocturno, Tónico, como tantas otras noches de desvelo, revivía el ya lejano drama, sencillo y rápido, como todos los que traza el Destino...

El no era malo, ¡qué había de serlo!, ni traicionero... Llevaba una vida de trabajo y de sobriedad, para ayudar á su madre, viejecita ya, y á tres hermanillas, iguales como tres naranjas en la misma rama... Siempre era el primero para ganar una peseta, en las huertas y en los naranjales, nunca descontento ni hablando mal de los amos... Y nunca faltaba á misa, y era de los que llevaban las andas de la Dolorosa, y no se iba luego, como los otros, á las tabernas, á comer «minchirones» y beber vino de Jumilla, que caíente los cascós... El no era... sino un hombre, un hombre que no podía consentir que otro se alabase de tener conquistado el amor de la Fuensantica, que era toda su ilusión en este mundo, y menos aún pretender lo que aseguraba, por cierto, ¡el muy canalla! Y por eso mató, como pudieron haberle matado á él, cara



CÁMARA-FIU

á cara, los dos solos, en la noche de primavera, embriagada de azahar y de cantos de ruseñor... Bajo los naranjos en flor, que oían á novia, quedó Pacorro, cara al cielo lleno de estrellas, al lado de la acequia rumorosa... Y Tónico no volvió á aparecer por la huerta... La Legión le tendió sus brazos maternales, sin preguntarle nada...

□□□

—¡Hoy, precisamente, empieza la Semana Santa!—murmuró, casi en alta voz, Tónico. Y una dolorosa nostalgia le hizo morderse los labios y fruncir el entrecejo hosco, como si ni siquiera en aquella soledad completa quisiera dejar ver la pena que le invadía... Pena, sí, al pensar que aquel año—y para siempre ya—era el primero que no iría en la procesión, con su ropón rojo, su pañuelo de seda rosa liado á la cabeza, muy limpio y flamante, con bazarra de turbante morisco, y sus medias bordadas... El primer año que sentía la tristeza de su voluntario destierro, solo y olvidado en aquella tierra maldita, que, sin embargo, no podía acabar de maldecir, ¡porque era tan semejante á la suya!...

Como en una alucinación de fiebre, Tónico reveía, en la noche africana, el desfile de las cofradías, lentas y majestuosas, ante los maravillosos «pasos» de Salcillo, tan humanos y tan vivientes, que parecían llorar y sufrir aún en la Divina Tragedia... La Dolorosa, con sus admirables ojos cristalizados de lágrimas irisadas por las llamas de los cirios, las manos tendidas y suplicantes... La Oración del Huerto, con su ángel de una belleza pagana, tendiendo sus alas celestes, que parecían palpar... El Crucificado, la Santa Cena... Y veía el esplendor fabuloso de los Cristos revestidos de terciopelos morados recamados de oro y de plata, con largas cabelletras de mujer y rostros exangües; las Virgenes morenas, agobiadas por las altas diademas bi-

zantinas, las aureolas de oro, las pedrerías, los damascos y los brocados; las calles estrechas y oscuras, llenas de una multitud bulliciosa y alegre, á pesar de todo, con una alegría pagana... Los ojos de Tónico buscaban los de las mozas, negros y luminosos, para sorprender en ellos la admiración de verle «tan guapo», moreno y fuerte, parecido á un moro con aquellas vestiduras tan majas... Pero, sobre todo, buscaba los de Fuensantica, guapa como la misma Virgen de la Fuensanta, con su boca fresca, su trapío de buena moza y aquella risa que hacía cosquillas por todo el cuerpo...

Su belleza retadora y sensual surgió ante el pensamiento del enamorado con tanta fuerza, que, como si huyese de ella en realidad, Tónico dió dos ó tres pasos vacilantes entre las chumberas y las pitas, y la visión lejana desapareció en el polvillo plateado de la luna sobre la llanura...

□□□

De pronto, en el silencio de la noche, se oyó un distante ruido de tambores, muy velado y melancólico, acompañado á veces de una flauta ronca, en una extraña marcha fúnebre... Aquella música añadía su tristeza á la desolación del paisaje, gris y monótono, en el que la luna amarillenta, en el cielo pálido ya por el alba, tenía una claridad de lámpara funeraria...

Tónico prestó oído; con la agudeza de sus sentidos campesinos, creyó percibir también una lenta salmodia, algo como un rezo ó como una lamentación, que llegaba á veces claramente, en las vivas ráfagas del aire del amanecer... Pero no se divisaba nada en la llanura desierta... Únicamente un ave nocturna voló blandamente, rozando con sus grandes alas grises la frente estre-

meada del centinela...

Silencio... De nuevo se oyó, más cerca, la triste canturía y la música ronca y doliente... Ahora, Tónico creía oír palabras desconocidas, como los latines que cantan los curas en los entierros... Agazapado, disimulándose entre los pedruscos y las zarzas, con el fusil en la mano, avanzó hasta el borde del ribazo, con el cuello tendido y los ojos avizores, espionando atentamente...

Y, de pronto, en una revuelta del camino, apareció, como surgido de la tierra, un extraño cortejo de fantasmas.

Era, en la claridad turbia de la luna, un largo desfile de encapuchados ó de penitentes, blancos, grises, oscuros, llevando en sus manos hachones encendidos que ardían rectos, inmóviles, humosos, en aquella calma sobrenatural del aire... Eran muchos, muchos, y andaban con lentitud procesional, mientras salmodiaban su inacabable letanía...

Tras la doble fila venían cuatro encapuchados, negros y gigantescos, llevando unas andas en las que yacía un cuerpo, velado por telas que resplandecían á la luz de las teas, numerosas en torno al difunto... Y, detrás de aquel cortejo fúnebre, tres figuras, que al acercarse pudo ver Tónico claramente. Con tanta claridad, que sus miembros se helaron de espanto irrazonado, y, sin querer, descubrió respetuosamente su cabeza rapada...

Sus ojos atónitos detallaban el grupo. Envuelta en velos oscuros, que flotaban tras ella majestuosamente, una mujer anciana, pero aún hermosa, alzaba al cielo sus ojos enormes, abrasados de llanto. La luz de las antorchas la iluminaba por completo, irisándose en los grandes surcos de lágrimas que resbalaban por su rostro macilento. Apenas podía andar, apoyada



CAMARÓN

en un alto adolescente, de belleza casi femenil, envuelto en un ropón blanco, y los negrísimos cabellos en desorden... Y, con su fabulosa cabellera de oro desmelenada en torno al rostro de marfil, en el que el llanto desleía los afeites, vestida con desgarradas túnicas de seda roja rayadas de oro, una espléndida mujer venía la última, llevando en sus manos una vasija de cobre, de la que salía una humareda azul y perfumada...

El soldado no pensó siquiera en dar el alto, ó disparar, como le ordenaba su consigna... Atónito, como en éxtasis, fuera de la realidad, miraba, miraba, agazapado entre las altas hierbas amarillas... Un obscuro trabajo se iba haciendo poco á poco en su cerebro primitivo... ¿Qué era aquello? El recordaba vagamente haber visto aquel entierro, en cuadros, en estampas, tal vez en la iglesia... Aquella mujer y aquel mozo... El los conocía; pero, ¿de dónde? Y aquella chica tan preciosa, desmelenada, era igual á la Petrica, que en la procesión de su pueblo hacía siempre de Magdalena... Sí. Era ella, la Magda-

lena, con su pelo de oro y sus pies descalzos... Pero entonces, aquello... Aquello era el Entierro de Cristo, ni más ni menos; pero no una procesión, puesto que estaban en tierra de moros, sino *el verdadero*, que se le aparecía á él por un milagro de Dios, compadecido del pobre chico, para que no se quedase sin su procesión de Semana Santa.

—¡Virgen de la Fuensantica!—rezó el mozo con toda la fuerza de su corazón desesperado— ¡Que yo no me muera sin volver á ver *to* aquello!

Cada vez más luminoso, más irreal, el cortejo avanzaba lentamente, con lentitud de fantasmas, sobre el camino blanco... Venían hacia él, en la aureola clara de las antorchas... Tónico, con el alma desbordante, ciego de lágrimas y de arrepentimiento gozoso, dejó su escondite. Surgió en el claro de luna, dejando caer el fusil entre las hierbas.

—¡Esperadme! ¡Voy!

No acabó. El cortejo se detuvo, y una bala, certera, silbó en el aire y atravesó el corazón de Tónico. Cayó, cara á las estrellas.

Y el acompañamiento fúnebre del *cheik* Abd-El-Hazim, que había ido á recoger el cadáver al campo de batalla, con grave riesgo de sus vidas, pasó ante el cuerpo aún caliente del pobre mozo. La madre del *cheik* no le vió siquiera, siempre clavados en el cielo pálido sus negros ojos de Dolorosa. Tampoco le vió su hijo mayor, Hazim, perdido en las tinieblas de su duelo. Hassonna, la favorita del jefe difunto, mesó sus cabellos de oro y escupió en el polvo. Y el moro que había disparado empujó desdeñosamente con el pie al soldado muerto, que rodó entre las piedras y las ortigas.

—¡Un perro menos!—murmuró, alejándose, el moro, siguiendo al cortejo fúnebre, que se perdió entre la niebla del amanecer, que invadía la llanura.

Pero el rostro de Tónico, iluminado por el primer rayo de sol, sonreía siempre, creyente y perdonado.

José ZAMORA

Murcia, Marzo 1922.

POR DOS GLORIAS ESPAÑOLAS

María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza



CONDE DE ROMANONES

titud del pueblo español hacia esos dos brillantes heraldos de la cultura y de las glorias patrias en tierras extranjeras.

A la noble labor artística que todos hemos aplaudido sin reservas se unió la reciente erección en la ciudad de Buenos Aires, la más alta cumbre social de Sudamérica, del suntuoso Teatro de Cervantes, que es honra positiva del arte español y que será de modo permanente el más hermoso templo del genio ibérico en la América española.

Es interesante la serie de documentos inéditos que ofrecemos a continuación, suscritos hace algunos años por personalidades del relieve del presidente del Ateneo de Madrid, conde de Romanones; de la condesa de Pardo Bazán, y de los hermanos Alvarez Quintero, á requerimiento hecho desde París, en 1918, por el ilustre escritor Enrique Deschamps, conocido en nuestro mundo intelectual y social desde que ejerció aquí la representación diplomática de su país.

Acogiendo en sus páginas las bellas cartas que tal iniciativa dictó á varios de nuestros pensadores, LA ESFERA se asocia de un nuevo modo al acto público organizado con el concurso entusiasta del Ayuntamiento madrileño y el de todos los elementos intelectuales y artísticos de la Corte.

La iniciativa del Sr. Deschamps, inédita desde 1918, se contrae sólo á María, es decir, á lo que representa ante el que la concibió lo más espiritual, lo más delicado de la excepcional familia.

Que no hubo entonces, como no puede haberlo ahora, ni el menor asomo de exclusión de Fernando ni en la intención de Deschamps ni en el apoyo entusiasta de las personalidades que entonces opinaron, queda brillantemente revelado en las hermosas cartas que publicamos hoy y en las donosas manifestaciones en honor de Fernando con que el amigo y compañero Deschamps nos las envía.

He aquí la carta dirigida por el Sr. Deschamps, con fecha 25 de Julio de 1918, al señor conde de Romanones, presidente del Ateneo de Madrid:

«Van las presentes líneas á sus manos al amparo de un nombre que seguramente ha de evocar en su espíritu los gratos aromas de la amistad, del afecto y de la admiración. Ese nombre es el de María Guerrero, á quien debe el patriotismo español un homenaje cuya realización podría tener el factor más eficaz en la presencia de usted al frente del Ateneo, y que, aun cuando no obtuviera otra cosa, con la adhesión de usted tendría el voto de uno de los más grandes prestigios de España. Estimándolo así, ruego á su genial benevolencia que me permita asociar al recuerdo de esa deuda legítima del país el nombre de usted, que á la nobleza de su abolengo une el enaltecimiento que le deben en España muchas cosas que son por fuero legítimo representativas del alma nacional.

Los que hemos tenido la dicha de ver el lábaro del arte español alzado gloriosamente en el extranjero por el talento de María Guerrero; los que hemos presenciado la consagración espontánea y ruidosa de sus méritos por el voto unánime de la crítica y por el aplauso caluroso de colectividades ilustradas; los que consideramos de lejos su labor en el doble aspecto del Arte y del patriotismo, pensamos que falta en Madrid un bloque de mármol animado por el genio que cristalice definitivamente el tributo con que la admiración del público trata de re-

tribuir todos los días los goces espirituales que debe á la creadora de las más interesantes figuras femeniles de la humanidad de todos los tiempos.

Justo, bello y factible es el propósito en que estamos moralmente comprometidos cuantos la conocemos de legar al porvenir la reproducción en piedra de la «Malvaloca», por ejemplo, en que María Guerrero ha superado la genuinamente española y brillante concepción de los Alvarez Quintero.

¿No sería esa reproducción un adorno gracioso y edificante de la plaza que está justamente frente al Teatro Español?

No existe una sola persona de las que han visto á María en escena que no le deba alguna lágrima. No existe una sola alma de las que han estado alguna vez en contacto con esa alma excepcional, que no conserve indeleblemente impreso el recuerdo de la eminente trágica. Nada, pues, revelaría mejor ante propios y extraños la exquisita espiritualidad española que la glorificación, mediante un trozo de mármol iluminado por el Arte, de la actriz que ha recibido durante muchos años y recibe aún destellos de esa misma gloria en el homenaje entusiasta y cariñoso de los más diversos é inteligentes públicos del mundo latino.

El rasgo de trascendental galantería que sugiere la presente carta, es evidentemente inferior á los méritos y á las obras que lo han conquistado. María Guerrero ha hecho, acaso, la mayor y más brillante difusión en España y fuera de ella del ingenio español, encarnado en los últimos tiempos en Tamayo y Baus, Felú y Codina, Echegaray, Sellés, Cavestany, Galdós, Guimerá, Dicenta, Benavente, los hermanos Alvarez Quintero, Linares Rivas, Valle Inclán, Martínez Sierra, Marquina, Rusiñol, Villaespesa y demás escritores ilustres que han dado al teatro español parte no escasa de sus propias glorias en los últimos años. Muchos de esos nombres, cuya fama ha definido por sí sola el campo de la cultura hispana ante el concepto de grandes colectividades que no leen ó que leen poco, pero que van regularmente al teatro, deben el merecido renombre que tienen en América, tanto como á los méritos de su labor intelectual, á la difusión constante, selecta y cuidadosa de sus obras, que ha servido al talento de María Guerrero para crear en la realidad de la escena la ficción emotiva creada por ellos en el libro.

Acaso nadie haya desvirtuado todavía con mayor eficacia que ella el error depresivo generalizado en el extranjero por la supuesta afición desmedida á toros y á toreros con que se ha pretendido caracterizar á España. Seguramente no ha existido ni existe emisario español de ninguna clase que haya realizado obra semejante á la obra de propaganda del genio latino que María Guerrero ha hecho espontáneamente en todos los diversos países donde ha vertido el aroma de su inteligencia y de su arte.



MARÍA GUERRERO y FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA



CONDESA DE PARDO BAZÁN

El que suscribe estas líneas ha presenciado el acto, igualmente glorioso para María Guerrero y para España, de reunirse la juventud intelectual de una gran ciudad americana para tirar del carruaje que debía conducir á la divina artista al hotel, después de una velada de grandes emociones. Parecía que no á la artista, sino al estandarte legendario de Castilla se tributaba aquel homenaje sin precedentes en nuestras libres democracias.

La mujer que ha conquistado tales lauros á su patria ha ganado en buena lid la dicha de contemplarse reproducida en mármol ó en bronce en la Plaza de Santa Ana ó en alguno de los amenos sitios del Retiro ó de la Moncloa, ó en alguna de las salas del Ateneo, ó en el vestíbulo de alguno de los principales teatros de Madrid.

El arte de que se ha servido María Guerrero como instrumento luminoso para cautivar los corazones y para enaltecer el nombre de la patria, tiene una plasticidad fugitiva. Deja, ciertamente, hondos surcos en las almas; pero tales surcos son semejantes á la estela de las naves. Guardan en este caso estrecha analogía las almas y los mares. Están fatalmente condenados á una vida efímera los grandes dominadores de la escena, los espíritus selectos que perfeccionan las concepciones del genio creando caracteres reales en cuyos corazones florecen amores y virtudes ó en cuyas almas brama el huracán de todas las pasiones. Brillan sólo mientras interpretan. El mismo público á quien subyugaron, más que las ideas y las doctrinas del autor, la vida, la emotividad, el divino fuego que á ideas y doctrinas imprime el talento del actor, se olvida de él en cuanto éste desaparece de la escena ó de la vida.

Injusticia monstruosa de la que tiene derecho á ser sustraída María Guerrero. Injusticia monstruosa de la cual el Madrid representativo ha cumplido virtualmente el deber de sustraer á quien ese mismo Madrid ha sido el primero en consagrar y en mimar sin reservas por haber admirado á plena conciencia y durante largo tiempo sus eminentes cualidades. La graciosa evocación en piedra ó en bronce de la figura española de María Guerrero en alguno de los diversos sitios indicados, sería floración espontánea del alma madrileña, habituada ya á no pronunciar ese nombre ni á ver esa bella figura femenil en el teatro ni en ninguna parte sin que las manifestaciones de la admiración y aun del cariño suban espontáneamente del corazón al rostro.

Inicie Madrid la obra justa y bella de consagrar definitivamente las más gloriosas figuras de un arte nobilísimo que parece morir con el artista, por ser arte eminentemente personal, señalando de ese modo una evolución que ha debido preceder á la muerte de la Rachel, mademoiselle Georges, Talma, Vico, Irving y Garavaglia. ¿Qué títulos superiores al de los actores geniales ofrecen á la inmortalidad el escultor, el pintor, el escritor y el músico? Emprenda la generosa villa castellana esa obra reparadora, empezando por glorificar á la Guerrero, repitiendo una sola vez en piedra lo que ha hecho con el corazón y con las manos tantas, tan incontables veces como la ha visto en el teatro durante largos años.

No ha de existir una sola persona en Madrid de las que hayan disfrutado alguna vez de las veladas de la Princesa, incluso nuestro amado Rey Alfonso, que no acoja esa iniciativa de usted con viva simpatía.

¿Cómo no habían de querer Benlliure, ó Marinas, ó Blay, entre otras glorias de la escultura española de nuestros días, poner algo de su genio en esta obra?

¿Cómo el Ayuntamiento de Madrid podría sustraerse al grato deber de concurrir á un

acto puramente madrileño en honor de quien, á méritos excepcionales de un orden muy elevado, una para ese mismo Municipio el mérito de haber creado y sostener allí un hermoso teatro de selección como los que ostentan otras ciudades importantes sólo merced á onerosas subvenciones municipales ó fiscales?

Sé muy bien, ilustre amigo mío, que no echa usted de menos en esta carta el nombre de Fernando Díaz de Mendoza, porque estando ella toda llena de María, el mismo Fernando será el primero en juzgarla toda llena de sí.

En cuanto á mí, personalmente, limito mi aspiración en este caso á la agradable esperanza de saber que usted y los demás amigos que lean esta carta crean la verdad, tan lisonjera á mi corazón, de que yo no olvido ni á España ni á Madrid.

Soy, como usted lo sabe muy bien, su devoto admirador y amigo

ENRIQUE DESCHAMPS.»

El señor conde de Romanones contestó al señor Deschamps en los siguientes términos:

«He leído con placer su carta relativa á mi ilustre amiga María Guerrero, y á ella voy á referirme con el agrado con que se discurre sobre temas del todo afines con nuestras aficiones; pero, asimismo, con el apremio de tiempo que me imponen mis habituales ocupaciones. Armonízase en el argumento de esa bella carta la amistad, la admiración, la justicia, el patriotismo y aun el provincialismo, porque todo ese conjunto de sentimientos elevados han despertado sus palabras en mi espíritu, y por ello soy el primero en lamentar que esta vez limite mis expansiones ese apremio de tiempo que á diario tuerce la voluntad de los hombres como yo, dedicados á la vida pública.

En la brillante carta de usted no hay, como parece, una sola iniciativa de carácter genuinamente español. Asoman allí diversas ideas de la más noble estirpe espiritual que la misma época en que vivimos se encargará de convertir en fecundas realidades.

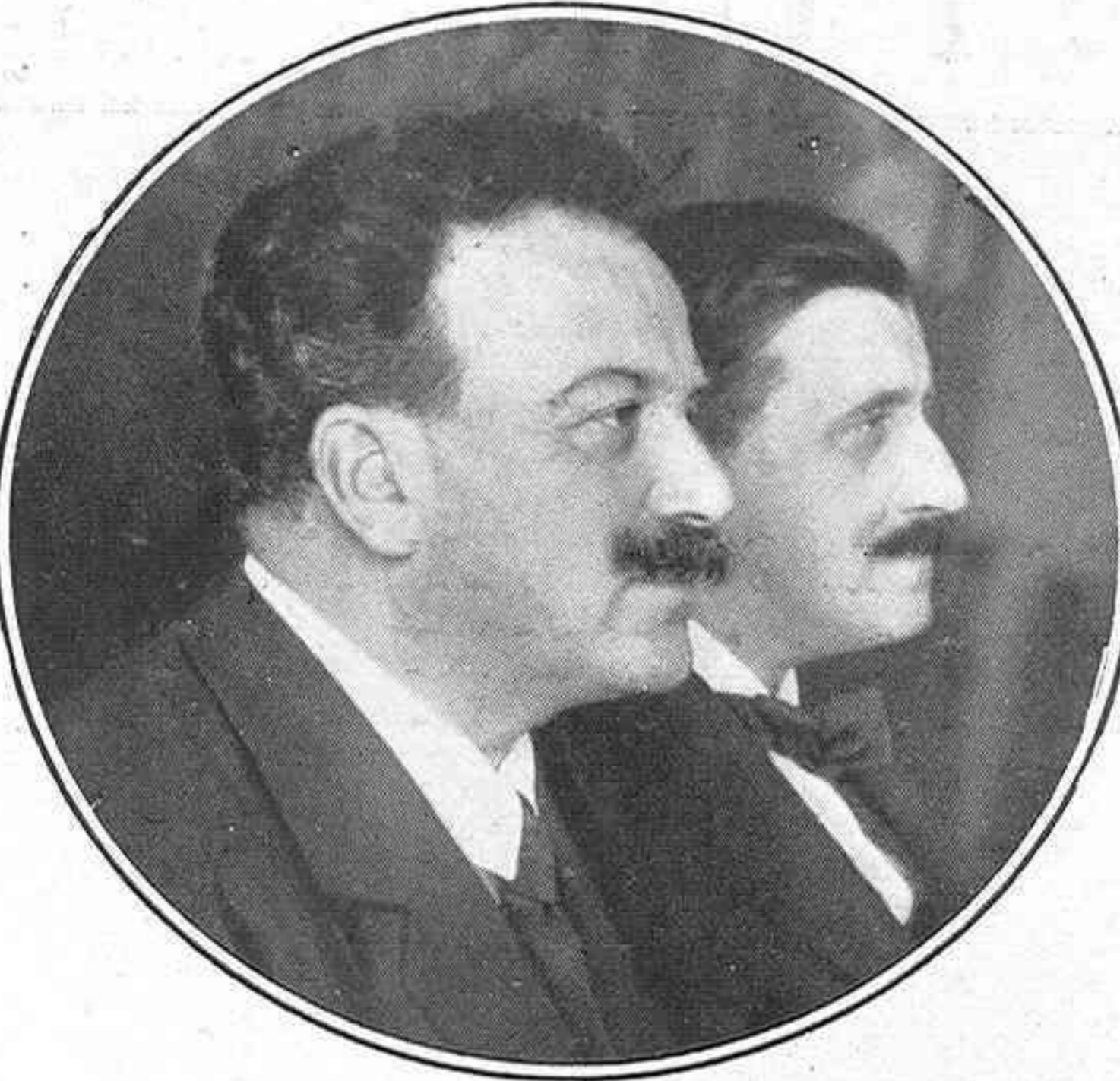
Al recordarnos el grato deber en que estamos aquí de legar al porvenir la reproducción en piedra ó en bronce de la actriz que ha hecho acaso la más brillante difusión en España y fuera de ella del ingenio español encarnado en cuantos escritores antiguos y modernos han elevado nuestro teatro á su actual rango, redime usted de una gran injusticia á cuantos espíritus preclaros fueron honra de su patria y de su época en un arte tan noble como cualquiera de los otros; pero que, como usted dice, tiene plasticidad fugitiva. Incontables son los literatos eminentes, los pintores, músicos y escultores insignes cuya consagración por la inmortalidad no se discute que no han conmovido ni una milésima parte de la gran masa humana de todas las latitudes del planeta y de todas las esferas de la sociedad y de la cultura humanas, que han sacudido, que han electrizado con su verbo los escogidos del arte que ha hecho del teatro la más objetiva y grata de todas las escuelas.

Digna es su iniciativa de su doble procedencia: París y las Antillas. París, digo, porque de allí procede su elocuentísima defensa del arte dramático. Las Antillas, en que muchos vislumbren las modernas islas griegas situadas en el nuevo centro del mundo, porque de allí procede el espíritu todo cordialidad, que hace años es uno de los más autorizados y entusiastas representantes intelectuales en España y en Europa.

Sin embargo de la prisa con que mis actuales atareos me obligan á limitar mis propias expansiones, no quiero resistir al deseo de recordar un breve fragmento de Henry Bidou, el crítico del *Journal des Débats*, que casualmente tengo presente, escrito con motivo del drama de Paul Hervieu *El Destino Manda*, cuyo estreno en Madrid presencié aquel ilustre crítico francés.

Dice Henry Bidou:

«Marthe Brandés tiene fe en el hombre á quien ama; la duda la irrita y la indigna. María Guerrero, por el contrario, presenta á los ataques del Destino un pecho sin defensa. Marthe Brandés es todo el heroísmo de la mujer. María Guerrero es toda la debilidad; su rostro y su voz cambian sin cesar; cada sentimiento la penetra y la transforma; desde la primera entrevista con su marido, se la ve pasar de la queja al éxtasis. Marthe Brandés discute, razona y, aun en el amor, muestra juicio y tino. María Guerrero gime, se cuelga al cuello de Bereuil y le ruega que vuelva pronto. Es preciso oírle recordarle que su casamiento fué de...»



D. SERAFÍN y D. JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

¡Ah! Y en la angustia, María Guerrero es admirable.»

Hágase, y hágase presto, la gallarda figura de mujer que, como lo apunta usted con admirable discreción, nos recuerde las emociones espirituales que debemos todos á María cuando extremos al vestíbulo de alguno de nuestros principales teatros, ó cuando discurremos por alguno de nuestros parques públicos.

Mi colaboración estusiasta estará pronta siempre que se trate de honrar á quien tanto honor merece, como la insigne actriz María Guerrero, así como su dos veces noble compañero de la vida y del arte, mi querido amigo Fernando Díaz de Mendoza.

Mil gracias á usted, amigo mío, por su iniciativa y por su recuerdo, que en este caso agradece vivamente su afectísimo amigo

CONDE DE ROMANONES.»

La condesa de Pardo Bazán escribió desde Torres de Meirás la siguiente carta al Sr. Deschamps:

«Recibo sus amables líneas junto con la copia de su bella carta dirigida al conde de Romanones, actual presidente del Ateneo, tratando de que iniciemos una reparación, que seguramente contará con simpatías universales, tratando de que se otorguen á los grandes artistas de la escena honores semejantes á los que se dedican á los cultivadores geniales de las bellas artes.

Su iniciativa, noble y galante, está llamada á prosperar, y yo seré de los primeros en celebrarlo mucho, porque concreta usted la cuestión á María Guerrero, á quien, como á Fernando Díaz de Mendoza, creo que nadie sin manifiesta injusticia les negaría su voto.

Es notoria y cruel la anomalía señalada elocuentemente por usted, y combatida inútilmente con nobles armas en tiempos pasados por otros escritores generosos.

Creo no equivocarme al pensar que usted será más afortunado, porque ha tenido la habilidad de concretar la obra inicial de aquella reparación á un brillante caso especial, á una



D. ENRIQUE DESCHAMPS
publicista americano

artista benemérita por diversos conceptos, utilizando oportunamente la disposición de todo un pueblo que es admirador entusiasta de esa artista, el prestigio de un Centro intelectual que lo tiene poderosamente cimentado como el Ateneo de Madrid y la influencia decisiva de un hombre político muy importante, que creo la ejercerá con gran placer en este caso.

Y he ahí cómo es muy posible que su idea produzca el doble fruto de inducirnos á cumplir el deber de comenzar á honrar á los comediantes geniales como se ha honrado y se honra á los otros intelectuales que lo merecen, y de convertir en algo plástico la admiración que todos sentimos por María Guerrero, para su propia satisfacción y como lección y estímulo para artistas de su género en el presente y en el porvenir.

Añadiré que habitualmente no tomo parte, excepto como soldado de fila con modesta cuota, en trabajos para erigir monumentos.

Lo hago así porque me impone especial recato la circunstancia de haber sido el que me erigieron el primero dedicado á una persona viva aún. Pero es tal el número de admiradores y agradecidos que rodea á Fernando y á María, ya por lo que les han hecho sentir, ya por haber difundido sus obras, que yo creo que usted encontrará miles de auxiliares en su tarea.

Tengo ilimitadas simpatías y admiración por Fernando y María, y su labor me inspira un respeto profundo.

Agradeciendo vivamente á usted su amable recuerdo, soy su afectísima amiga

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.»

Los Sres. Álvarez Quintero dirigieron al señor Deschamps desde su retiro de Fuenterrabía la siguiente carta:

«La inesperada carta de usted nos ha proporcionado una doble satisfacción: la de volver á saber de persona tan querida y simpática, y la de corroborar con su lectura nuestra opinión sobre las altas prendas de su corazón y de su espíritu.

La idea de perpetuar en mármoles y bronce la efímera gloria de los comediantes es, á la vez, justa y delicada; la de que en España sea nuestra imponderable María Guerrero la actriz á quien primeramente se le rinda esa justicia y esa delicadeza, nos parece digna de usted, y de seguro la hallarán de perlas cuantos hayan visto y oído á María, siquiera una noche.

Nuestro escudo llevó por tierra extraña
en aventura gigantesca y loca,
y fué la musa clásica en su boca
voz de los siglos y canción de España.

Así digimos nosotros de ella, años ha, en unos versos, tan buenos como para recordarlos fuera de propósito, ni tan malos que en esta ocasión no hayan acudido á nuestra memoria.

Hágase, hágase la estatua de María Guerrero cuanto antes. El actual presidente del Ateneo de Madrid, á quien usted dirige alegato tan cordial y elocuente, exhortándole á ser el promotor de su gallarda y nobilísima iniciativa, es de esperar que la acoja con fruición y entusiasmo, por español antes que por nada, por espíritu cultivado y fino, y, además, por ser gran amigo y gran devoto de la insigne actriz.

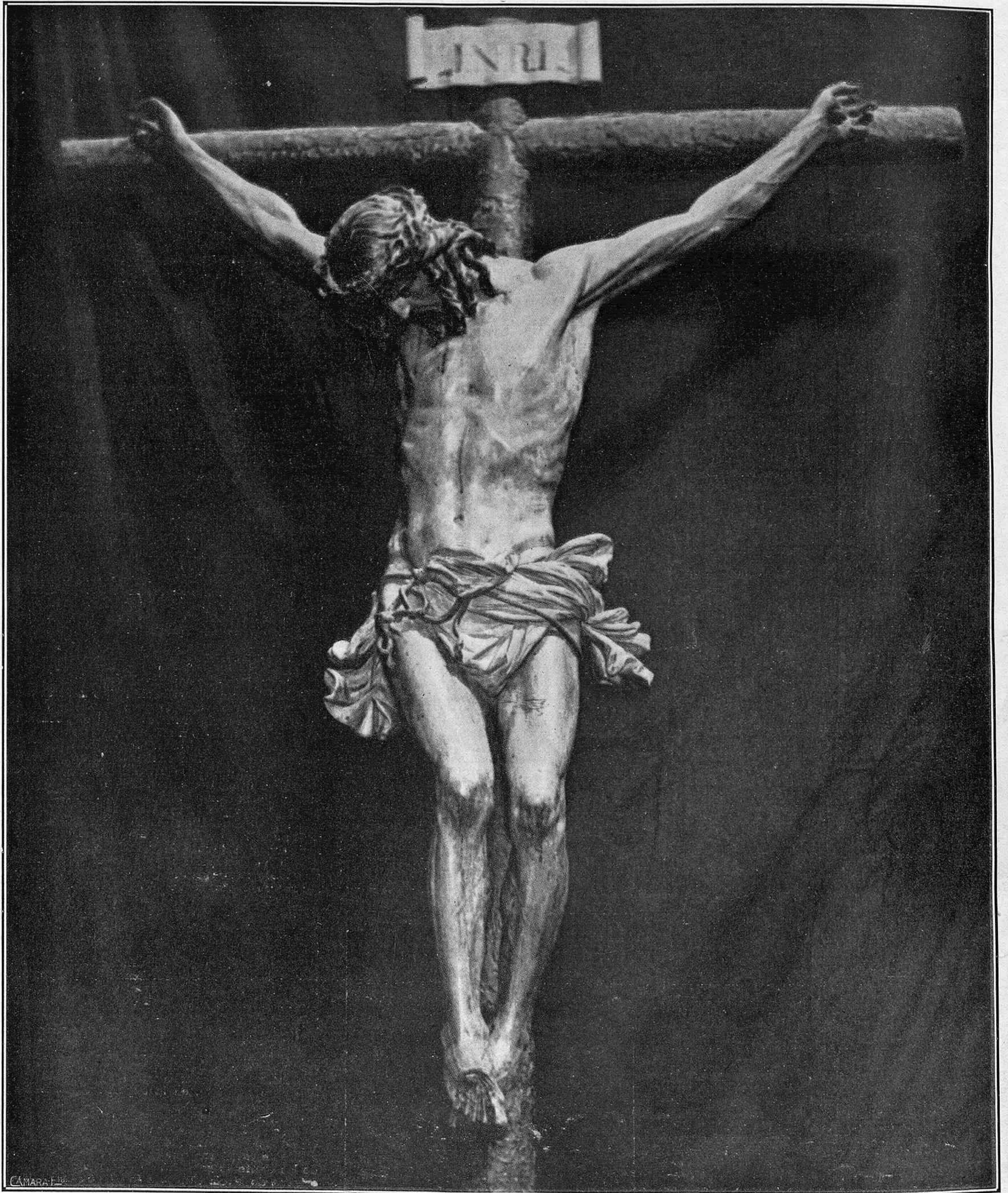
Sólo no convenimos de todo ello, por más que sobremanera nos halague, en que haya de ser representada en nuestra *Malvaloca*. No. Ni en nuestra *Malvaloca*, ni en ninguna otra heroína determinada de obra antigua ó moderna. Vístala el dichoso escultor á quien le toque tallar la estatua de modo que recuerde á María Guerrero, la hermosa, la apasionada, la inteligente, la viril, la suave, la dulce, la grande, la creadora de tantas almas femeninas del teatro español de todos los tiempos, y no á la encarnación aislada de una sola de ellas. Vístala el dichoso escultor con galas que evoquen las glorias de nuestro teatro, árbol colosal cuyas ramas alcanzaron á extender su sombra fuera del patrio suelo, y cuya fecunda semilla acertó á echar aquel batihoja sevillano, á quien vió representar un muchacho rubio de ojos alegres, que años adelante, en la experta vejez, había de escribir el *Quijote*.

Gracias mil, sin embargo, por haber asociado en su pensamiento y en su corazón al recuerdo de la gentil artista el recuerdo de *Malvaloca*; y cuente usted con que la *Golondrina* del Asilo de las Canteras repicará de gusto el día que la estatua de María Guerrero se alce en una plaza ó en un paseo de su amado Madrid.

Le abrazan desde lejos y le reiteran su amistad

S. Y J. ALVAREZ QUINTERO.»

LA ESCULTURA ESPAÑOLA



CRISTO DE LA BUENA MUERTE

Talla original de Martínez Montañés, que se ve

Resplandecen en esta obra admirable aquellas cualidades representativas del arte del gran escultor andaluz. El reposo de líneas verdaderamente estatuaria. Martínez Montañés es el más genuino representante de la escuela sevillana que se bambolea por las calles estrechas y árabes entre el fulgor livido de los faroles.

realizado por una gran escultura de los siglos XVI y XVII.

LA PRIMERA OBRA DE MARIANO BENLLIURE

Y cuando los artistas llegan á adquirir el dominio de expresión del arte á que se dedican, creo yo que las cosas que más les agrada examinar son aquellas producciones primeras en las que, con una piadosa sonrisa, contemplan su ingenuidad, sus desmañados titubeos, todo aquello, en fin, que significa las primicias de la lucha con un arte, ya vencido y dominado.

Y de la misma manera, aunque con distinto propósito, también al público le interesa esta clase de obras para examinar la trayectoria, ya larga, ya breve, por que ha pasado el genio y la destreza del artista, ó bien para admirar su precocidad, si la obra fué producto de edad temprana.

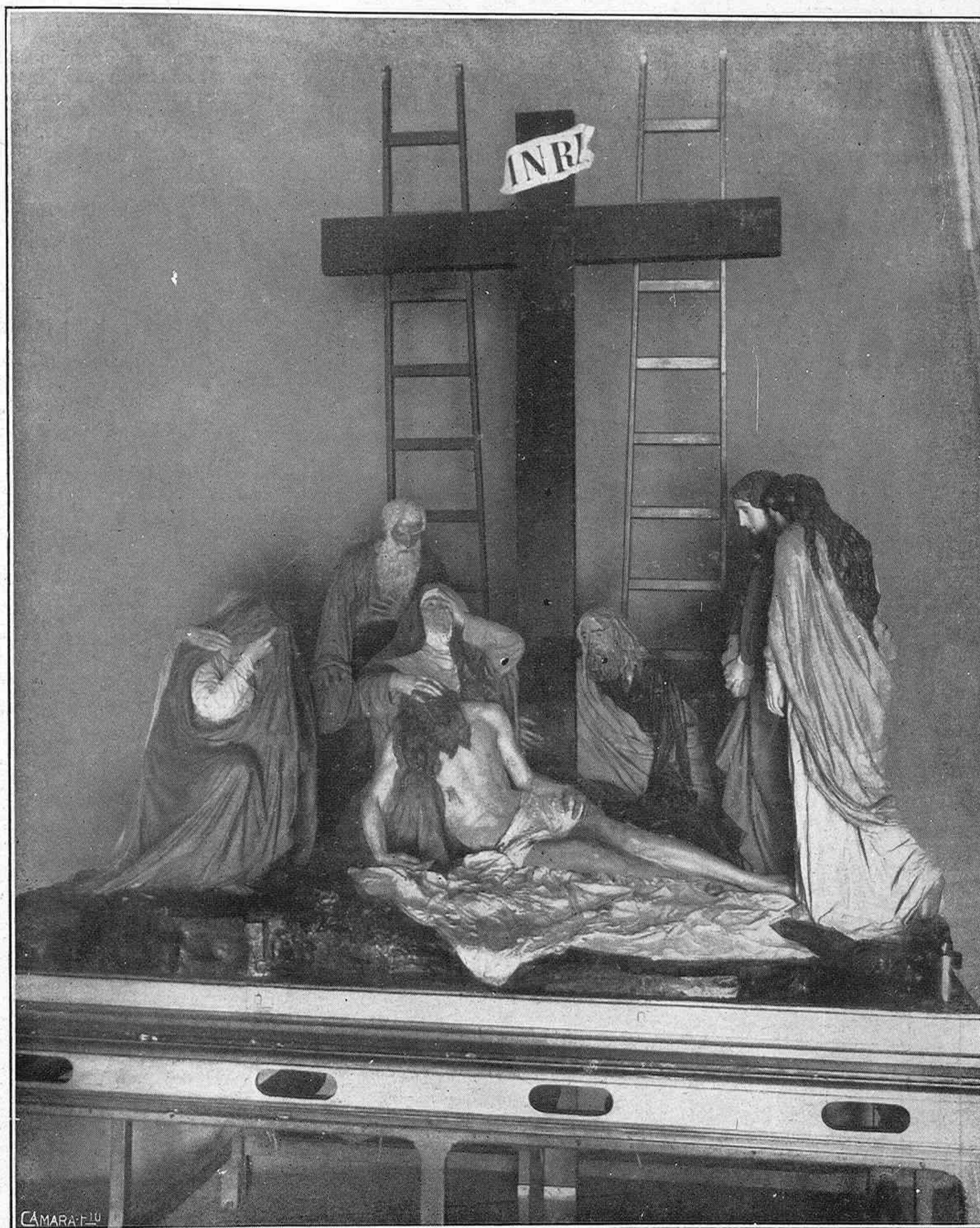
Estas suposiciones, en las que no debo de andar muy lejos de la realidad, son las que me han inducido á hilvanar estas líneas y publicar con ellas la reproducción fotográfica del *paso* titulado «Jesús Descendido», que figura en una de las procesiones de Semana Santa, en Zamora, y que yo reputo como la primera obra de Mariano Benlliure, por las razones que veremos más adelante.

No entra en mi propósito, ni está dentro de mis facultades, el hacer un juicio crítico de esta obra, sino reparar un olvido de índole sentimental cometido en las biografías que conozco del ilustre escultor, pues en ninguna de ellas se cita esta obra, á la que sospecho debe de ir unida una de las primeras y mejores satisfacciones de este artista.

Desde muy niño empieza á modelar en la cera —con anárquica infantilidad y carencia de férula escolástica— sus primeras manifestaciones escultóricas. Parece que á esta suave docilidad de la primera materia disponible á sus precoces dedos se debe la movible vitalidad y la sutil ligereza que adquieren elementos tan rudos como el bronce, el granito, el mármol, aprovechados después para toda su obra.

Si es cierto que á los catorce y á los quince años se revela como escultor con uno de sus primeros grupos taurinos y con la estatua ecuestre de Alfonso XII, no es menos cierto que aquellas obras llevadas á una Exposición en edad tan agaz no debieron de darle ni el relieve público ni el resultado económico que marcan la primera jornada en toda carrera artística.

Ya la admisión de estas obras significaba alientos y esperanzas; pero la colocación de ellas en esas necrópolis artísticas llamadas Exposi-



«Jesús Descendido», «paso» que figura en la procesión de Semana Santa en Zamora, construido por Mariano Benlliure en 1879

ciones, sin el mausoleo sobresaliente—que en este caso equivale al cartelito anunciador del premio ó la distinción conseguidos—, ni siquiera la advertencia de la edad del autor, que podía también ser un pregón de mérito, no son circunstancias propicias para atraer la atención admirativa, acaso el más preciado suceso para un artista.

Hasta 1884, época en que desde Roma envía su escultura titulada «Un accidente», premiada con segunda medalla en la Exposición de Madrid y adquirida por el duque de Fernán Núñez, no se registra oficialmente su primera obra, esto es: la que primeramente atrae la atención pública y proporciona alguna utilidad extraordinaria.

Pero cinco años antes, en 1879, cuando Mariano Benlliure contaba diez y siete de edad, llega á Zamora, donde á la sazón se hallaba su padre decorando la casa de un amigo particular, el Sr. Cantero. En esta vieja capital castellana, Benlliure hace algunas figurillas de cera y algunos retratos en barro, que atraen la aten-

ción hacia el joven escultor; y estando entonces en toda su magnificencia religiosa las procesiones de Semana Santa, una de las Cofradías le encarga la construcción de un *paso* que represente la escena inmediata al Descendimiento de Jesús del Santo Madero.

El 30 de Marzo del año mencionado, recibe la obra terminada la Cofradía, y abona por ella al artista tres mil pesetas.

Yo no sé el valor que tendría esta cantidad en aquella época; tampoco sé el que le daría Benlliure en aquella edad; pero afirmo que tres mil pesetas recibidas por un artista pobre, como remuneración á una obra suya, á los diez y siete años de edad y en 1879, es un suceso muy cercano á la embriaguez del júbilo.

Añadamos á esto la expectación admirativa de todo un pueblo. Conforme asoma la procesión por las rúas del itinerario, la gente, agolpada en las aceras y arracimada en los balcones, ansiando ver el grupo escultórico que aquel año se inaugura... Van desfilando los *pasos* conocidos, y, al fin, asoman las largas caperuzas de los hermanos que han costado la obra... La música, ese motor de la sensibilidad artística, va dando al aire los fúnebres y solemnes acordes de la composición religiosa, y con un balanceo majestuoso y grave avanza el nuevo *paso*, y tras él el autor..., un mozalbote, un niño

edad del artista, son causas sobradamente suficientes para despertar la admiración de todos: de los inteligentes y de los profanos.

... Y esta admiración, recogida personalmente por el autor con la evidencia de que ha de renovarse todos los años durante un espacio de tiempo que no ha de verle agotado su propia vida, por larga que Dios sea servido de repararla.

Si esta efemérides no es la que le proporcionó á mi ilustre paisano el primero de sus grandes triunfos, la primera de sus mayores satisfacciones artísticas como escultor, él puede refutarlo.

Yo me inclino á creerlo así, porque, además de lo expuesto, cuando hace dos años estuve con su hijo en Zamora, no se olvidó de ir á visitar esta su obra de los primeros anhelos, como igualmente el boceto de barro que para ella compuso y que, dentro de una urna de cristal, conservan las monjas del Hospital de esta provincia.

JULIO HOYOS

EL SENTIMIENTO PATÉTICO EN VAN DER WEYDEN

Los primitivos de Flandes—ha escrito Huysmans—fueron los más grandes pintores del mundo, y Roger Van der Weyden ó Roger de la Pasture, como le llaman otros, aplastado entre el renombre de Van Eyck y de Memling, como lo estuvieron igualmente más tarde Gerardo David, Hugo Van der Goes, Justo de Gante, Thierry Bouts, es, según mi opinión, superior á todos estos pintores.»

Huysmans tiene razón. Rogelio Van der Weyden es un artista excepcional. Incluso diremos que sus sucesores David, Van der Goes, Justo de Gante, Thierry Bouts le deben una gran parte de su talento.

Ningún maestro ha llevado tan lejos ni tan alto la expresión trágica, la emoción patética. Podría, incluso, reprochársele la excesiva expresión que linda á veces con la mueca.

El es el primero que insufla pasiones humanas á los divinos personajes. Nadie, ni antes ni después de él—excepto el Greco, nacido un siglo más tarde—da con tal intensidad, con tal potencia el sentimiento del dolor, de la ternura, del amor, del éxtasis. Los Cristos de Rogelio Van der Weyden sucumben sufrientes y resignados; sus Vírgenes lloran y sollozan; sus mártires padecen, mueren y se exaltan, resplandecientes de fe y de sumisión, en las peores pruebas y los suplicios más horribles.

Su época está colmada, rebosante, de turbulencias, de guerras, de matanzas, y en medio de tanta turbación y desarreglo, las composiciones místicas, las patéticas pinturas de Rogelio Van der Weyden consuelan al desgraciado, confortan al oprimido. No debe asombrarnos esto. ¿No han sido, las suyas, verdaderas obras de misericordia? ¿No buscaban las pobres almas doloridas, los *Hosanna*, los *Parce Domine* del dulce Maestro?...

Siendo todos los maestros flamencos esencialmente espiritualistas, Rogelio Van der Weyden lo fué más que ninguno. Su origen walon no le impidió acercarse á los maestros franceses. Como éstos, busca la belleza por sí misma, prescindiendo de las contingencias, mirando ingenua, sencillamente, lo que ve en torno suyo, lo que surge ante sus pupilas. Parece un descendiente directo de los imagineros que poblaron de un modo noble y armonioso los pórticos de las catedrales de Reims, de Chartres, de Paris, de Rouen. Este parentesco estético se manifiesta singularmente en este perfecto *Descendimiento de la Cruz*, conservado en el Monasterio del Escorial y que es una de las obras maestras de la pintura de todos los tiempos, y que fué pintado en la culminación de su genio y en la gran madurez del maestro, á los treinta y cinco años de su vida.

Los personajes del *Descendimiento* poseen la grandeza, la nobleza, el encanto del sentimiento patético, dentro de una composición estatuaría. Es como un maravilloso bajorrelieve donde los personajes se agrupan simétricamente, supeditados los unos á los otros de un modo escultural.

Pero la cualidad dominante en este prodigioso *Descendimiento de la Cruz* es el absoluto misticismo, la intensa emoción religiosa que surge y se expande de la obra. No es posible alcanzar mejor la impresión dramática, traducir con mayor fidelidad el sentimiento de los actores de la divina tragedia.



El *Descendimiento de la Cruz*, que se conserva hoy día en la sala capitular del Monasterio escorialense, fué encargado por la Cofradía de Ballesteros del Gran Juramento, de Lovaina, quienes lo colocaron en la iglesia de Nuestra Señora de Afuera. En el siglo xvi lo cedió la Cofradía á la Reina viuda María de Hungría, Regente de los Países Bajos, á cambio de un órgano por valor de quinientos florines, y fué substituído por una copia de Miguel Coxcie.

La Reina envió en seguida el cuadro original al Rey de España. El barco que lo conducía naufragó, pero el cuadro pudo salvarse sin grandes deterioros. «Apenas sufrió la pintura—dice Carel Van Mender—, y no hubo otro daño sino haberse separado un poco el tablero.»

Además de la copia encargada por la Reina de Hungría, Miguel Coxcie hizo algunas más del *Descendimiento*.

Una de ellas es la que figura en el Museo del Prado y es de tal modo perfecta, resulta tan idéntica al original, que nadie sin estar advertido previamente podría reconocer que se trata de una reproducción.

¿Cuándo y cómo llegó esta pintura á España? Seguramente antes de 1598, puesto que formó parte de la colección de Felipe II y figuró largo tiempo en la Capilla del palacio del Pardo.

La influencia de Rogelio Van der Weyden sobre sus contemporáneos fué considerable. Sus discípulos, entre los cuales conviene contar Hans Memling, Schongauer, el milanés Zanetto Bugatto, los portugueses Eduardo y Antonio Castro, y probablemente Thierry Bouts, el maestro de Flemalle, Petrus Cristus, al enigmático Flamenco y tal vez al mismo Antonello de Messina; sus imitadores, Federico Herlin, Hugo Van der Goes, el maestro de la *Vida de María*, el italiano Angelo Panario, extendieron la enseñanza de su estilo y procedimiento á las orillas del Rin, al otro lado de los Alpes y de los Pirineos. Los tapiceros flamencos reprodujeren ó imitaron sus composiciones, los grabadores holandeses y alemanes se inspiraron en sus obras. Fué un verdadero creador de escuela y, según escribió muy justamente Carel Van Mander, contribuyó de un modo amplio al progreso del arte, «no sólo en lo concerniente á la concepción, sino por la perfectísima ejecución respecto de las actitudes, del ornamento y traducción de los impulsos del alma, el dolor, la alegría, la cólera, según lo exigían los asuntos.»

Conviene añadir á este juicio del antiguo historiador que Rogelio Van der Weyden fué uno de los artistas más nobles, más puros y más religiosos que ha producido el arte de la pintura, no ya en el siglo xv, sino en todas las épocas.

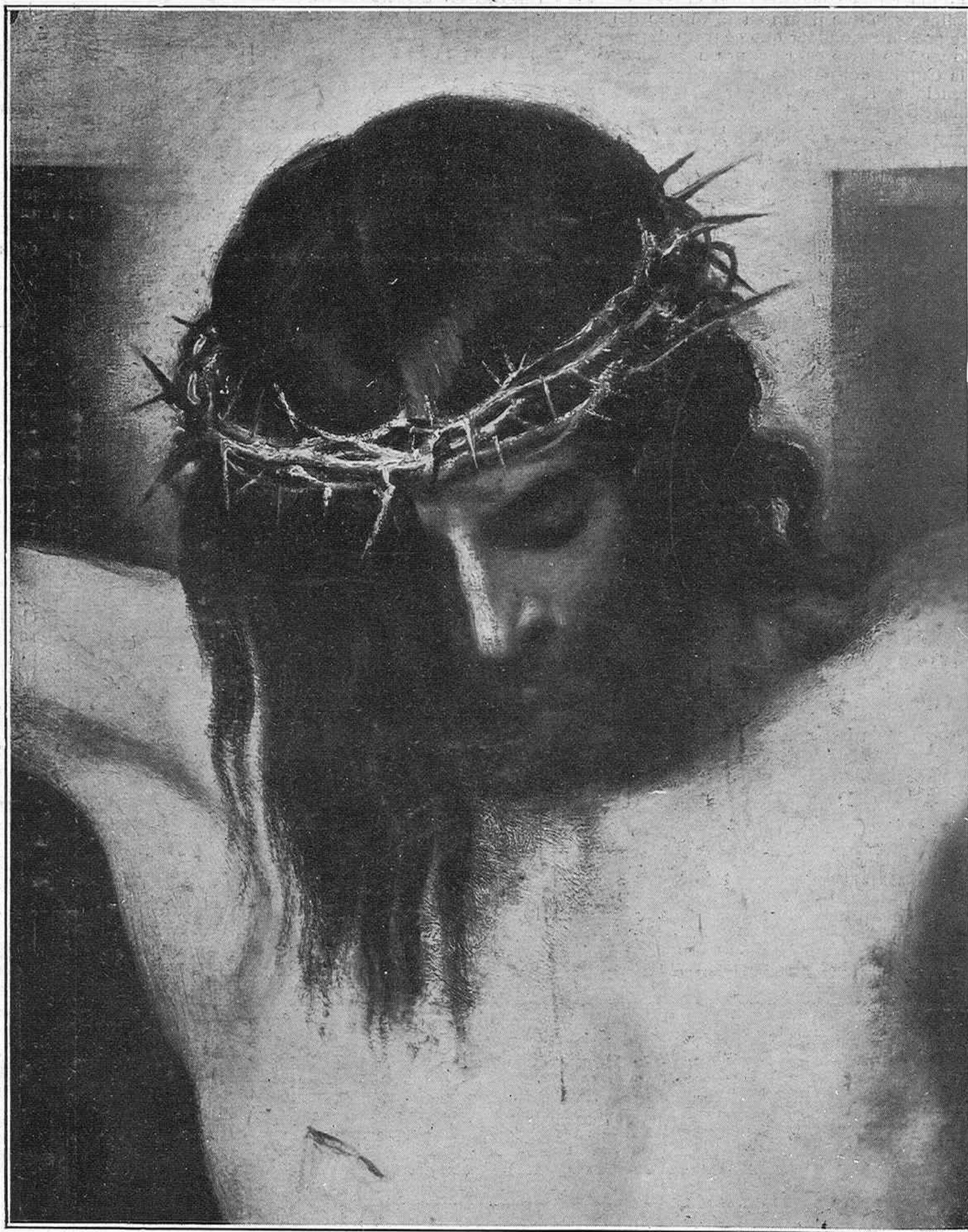
Desde el punto de vista canónico no se apartó jamás de las reglas establecidas. Su buen gusto se manifestó siempre delicado y severo. Jamás expresó ideas bajas, pensamientos mezquinos.

Con los Van Eyck, discípulos y los suyos, con Memling representa la suprema expresión de aquel arte patética de la Edad Media, hecho de tradición, de bondad y de lágrimas, pero que habiendo alcanzado su culminación era forzoso que descendiera. Pronto los artistas que seguían las huellas de estos maestros abandonaron sus procedimientos; evolucionaron bajo las influencias venidas de Italia, se sometieron á las ideas del Renacimiento y de la Reforma. Dejó de hacerse el arte cristiano.

EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

Copia de Miguel Coxcyen, del cuadro original de Rogelio Van der Weyden, que se conserva en el Monasterio de El Escorial

IMPRESIONES DE UNA AUDICIÓN
 "EL CRISTO DE VELÁZQUEZ"



"Jesús crucificado", fragmento del famoso cuadro de Velázquez, que se conserva en el Museo del Prado

Fué en Agosto de 1918... Esperando reconstituir mis nervios destrozados por sin número de contradicciones, llevaba yo —no sé si huido y hastiado de la vida literaria y periodística— unos meses refugiado en Castejón de Sobrarbe, poblacho pirenaico —si pueblo puede llamarse á unas cuantas casas desperdigadas por una áspera hondonada—, bien ajeno á que allí, ¡allí!, había de recibir una de las más vivas y perdurables emociones poéticas.

Un antiguo amigo de la infancia, el prestigioso doctor Nogueras, catedrático de la Facultad de Medicina, en Salamanca, tuvo la humorada de llevar por aquellos andurriales á D. Miguel de Unamuno, de regreso de una excursión por los Pirineos altoaragoneses, y en su casa solariega me presentó al insigne ex rector de la Universidad salmantina. He de confesar que no me hizo gracia aquella inesperada presentación. Unamuno estaba muy lejos de ser mi escritor predilecto. Es posible que toda su literatura periodística sea un dechado de sinceridad. Pero al escritor que pretende ser leído como apóstol de muchedumbres, yo le exijo ante todo conciencia de sus convicciones y que las aconsonante con su modo de ser y de pensar en privado. Le concedo rectificar, propio de espíritus sabios y de buena fe; lo que me parece censurable es andar zigzagueando entre las ideas, so capa de ser revolver de ellas y pretender ser tomado en serio. Eso entra en los dominios del humorista. Mientras le creí un malabarista de las ideas, un humorista, me interesó Unamuno. En cuanto advertí que pretendía ser un guía, dejé de interesarme. Me producía el mismo efecto que un guía inexperto ó mal intencionado conduciendo á unos hombres perdidos en una montaña y haciéndoles tomar cincuenta orientaciones contrarias, sin lograr darles la necesaria; pero, eso sí, diciendo siempre: «Ahora, ahora va de veras; síganme, que vamos por el verdadero camino...» Sin embargo, á las pocas palabras, ó él supo hacerme simpático ó el oír hablar nuevamente de literatura y de literatos hiciéronmelo hasta

el punto de tirarme media hora á pie por sendas y vericuetos, con un sol de justicia, para ir á verle, y otra media, de regreso, bien entrada la noche, por el gusto de departir con él durante los días que allí permaneció. Añádase que hablando de no recuerdo bien de quién, cuyas cualidades no eran dignas de alabanza, le oí afirmar que le era muy simpático, por fino y cortés, pues la finura y la cortesía eran lo que más estimaba en una persona. Esto me hizo rectificar el concepto de erizo en que él pretendía que se le tuviese, á juzgar por su afirmación de serlo.

Y acabó de cautivarme invitándome á oírle leer su poema, entonces inédito, *El Cristo de Velázquez*. No seas malicioso, lector; yo no sé las veces que habrá leído y releído en voz alta su obra, ya para regalar á sus oyentes, ya para advertir mejor las correcciones que necesitaba introducir para dejarla pulida y acabada; ni sé si en él hasta las cortesías son interesadas. A mí me regaló con aquella lectura, y yo no debo mirar el móvil, sino saborear el obsequio.

jón de Sobrarbe. Y en cuanto á la figura del Salvador, ¡con cuánta unción mística la ha visto, con cuán fervorosa adoración la reza, mejor aún que la traza!... *El Cristo de Velázquez* es la obra maestra de Unamuno. Si hubiese hoy verdadera crítica, sería discutida, no lo niego; pero ello no impediría que sea una obra imperecedera. No temas, lector, hallar en ella cerebralismo, literatismo, en el sentido de rebuscamiento, artificio y falsedad: por poco religioso que sea tu espíritu, por poca sensibilidad artística que tengas, te conmoverá su lectura, te deleitará, te extasiará. Nó es solamente obra para gustadores de bellas letras y magnos pensamientos.

Es obra para corazones puros... Es el mejor poema místico que ha inspirado en lengua castellana la imagen de Cristo en la Cruz.

Y obra de puro corazón, Unamuno ha puesto todo el suyo en ella. ¡Y en ella muestra un corazón gigante!...

E. GONZÁLEZ FIOLE

¡Y vive Dios, que había que saborear! Tal vez por hallarse enfermo en aquellos días no leía lo bien que yo esperaba. Pero si el cómo era discutible, el qué, es decir, lo que leía, era..., ¿me atrevo á decirlo?, sencillamente genial. Algunos apagaluces andan por los mentideros diciendo que el poema tiene estrofas muy duras, que á nadie debe extrañar, porque Unamuno no es un poeta. Pero, ¿qué entenderán por poeta y por poesía? Sobre que toda la labor literaria de Unamuno es poesía, lo cual no quiere decir que carezca de filosofía, pues ambas se complementan, y hasta me parece imposible que exista la una sin la otra, *El Cristo de Velázquez* es una obra inmortal. Si el espíritu iberoamericano fuese realmente religioso, á estas horas se habrían vendido muchos miles de ejemplares. Si no se han vendido ya es por un prejuicio infundado: tiénese á Unamuno por irreligioso y témese que haya cometido alguna irreverencia. No hay tal. Unamuno es un espíritu profundamente religioso. Al menos así le encontré yo en Castejón de Sobrarbe.



Es Semana Santa... Sobre los tableros del arte y de la actualidad tornan á surgir las figuras y los momentos de aquel Calvario, que se hizo luego, para los hombres, una gran luz redentora... Tornan á surgir las figuras de Cristo, de María, de todas las siluetas que integran el magnífico poema de la Pasión... El Cristo y María—que inspiraron ayer, que inspiran hoy y que inspirarán siempre, con su belleza sublime, la fantasía y el corazón de poetas y de artistas—son hoy el tema de esta maravillosa fotografía, en que lo humano y lo divino se enlazan en una suprema armonía de expresión y de hermosura... Antonio Prast, el admirable *amateur* fotógrafo, ha hecho esta composición, inspirándose, sin duda, para ello en los lienzos de algunos autores de las escuelas clásicas, que llevaron á sus cuadros este mismo momento del drama del Gólgota.

El arte religioso, de tan ilustre abolengo en España—recuérdense los nombres de Sal-zillo, Montañés, Alonso Cano y tantos otros—, renace en esta maravillosa composición fotográfica, en la cual la Srta. Vera Wratislava ha interpretado de insuperable manera la figura de María. Por su poder emotivo, por su intensidad dramática, por su extática expresión, por el arte soberano que en ella palpita, esta fotografía parece más bien una talla policromada que una composición en que lo humano fingió lo divino... Representa el momento en que, después de descendido el Cuerpo de Jesús, María, cuyo rostro perla el bendito caudal de las lágrimas, tiene entre sus manos la Cabeza de Cristo, inerte, caída, lívida, florecida de rojos rubies sangrientos que luego se convertirán en encendidas rosas de redención...

MOMENTOS HISTÓRICOS

*El Miércoles Santo
de 1590*

Por saber demasiado de su luctuoso amo Don Felipe II antes que por sus propios delitos (con no ser pocos), estaba el secretario Antonio Pérez en prisión desde el 18 de Julio de 1579. En varias ocasiones habíansele dado unos respiros de libertad, pero la tortura política del Rey y la enemiga de Mateo Vázquez, nuevo secretario de Estado, apretáronle los grillos en tal manera y cerráronle en forma las puertas de la prisión, que ya el triste no pensaba liberarse sino con la muerte.

El cobarde asesinato de D. Juan de Escobedo, secretario de Don Juan de Austria, amañado entre monarca y vasallo por vengarse de las correrías amorosas de la Princesa de Eboli con el plenipotenciario del caudillo de Lepanto, fué el pretexto para encarcelar á Pérez, cuidándose muy bien de que un hijo de la víctima se mostrara parte en la causa.

El acusado negaba por no levantar el hojal-dre de aquel pastel delictivo, y el Rey apretaba fiado en que no se atrevería á hablar alto, pues que cuidó muy bien de que su nuevo confidente Mateo Vázquez hiciera desaparecer de entre los papeles del procesado todos los documentos comprometedores.

Y aquel hombre que en sus tiempos de privanza fué tan poderoso como el mismo señor á quien servía, una vez que fué considerado como delincuente sufrió todas las angustias y todas las privaciones, vió á su mujer é hijos reducidos á la miseria más espantosa, y más que curarse de su propia situación hubo de pedir que no fueran perseguidos aquellos seres inocentes que ninguna parte tenían en los capítulos de su vida política.

Ejemplarísima muestra de amor conyugal ofrece la conducta de aquella esposa, D.^a Juana de Coello y Cozmediano, que desde que su marido cayó en el enojo del Rey se propuso salvarle, aun haciendo el sacrificio de su propia vida.

A toda costa quiso ver al falaz soberano, y como, á raíz de la prisión del malventurado magnate, partiérase aquél á Lisboa, allá se encaminó la atribulada señora. Súpolo Don Felipe y, sin miramiento alguno, mandó prenderla antes de que la triste llegara á entrar en la capital lusitana.

A la sazón estaba D.^a Juana en cinta, y tal fué el susto que recibió del mandato de Su Majestad, que entre las paredes de una cárcel se le malogró el fruto que llevaba en las entrañas.

Al cabo de los días, con buenas palabras dióle la libertad y mandóle regresar á España.

Entre esperas y dilaciones se pasaba el tiempo sin que el privado en desgracia lograra más que algún que otro respiro, como se ha dicho más arriba, en los rigores de la prisión, hasta el punto de consentírsele salir á misa y á los ejercicios espirituales durante la Cuaresma, recibir visitas, pero en manera ninguna hacerlas.

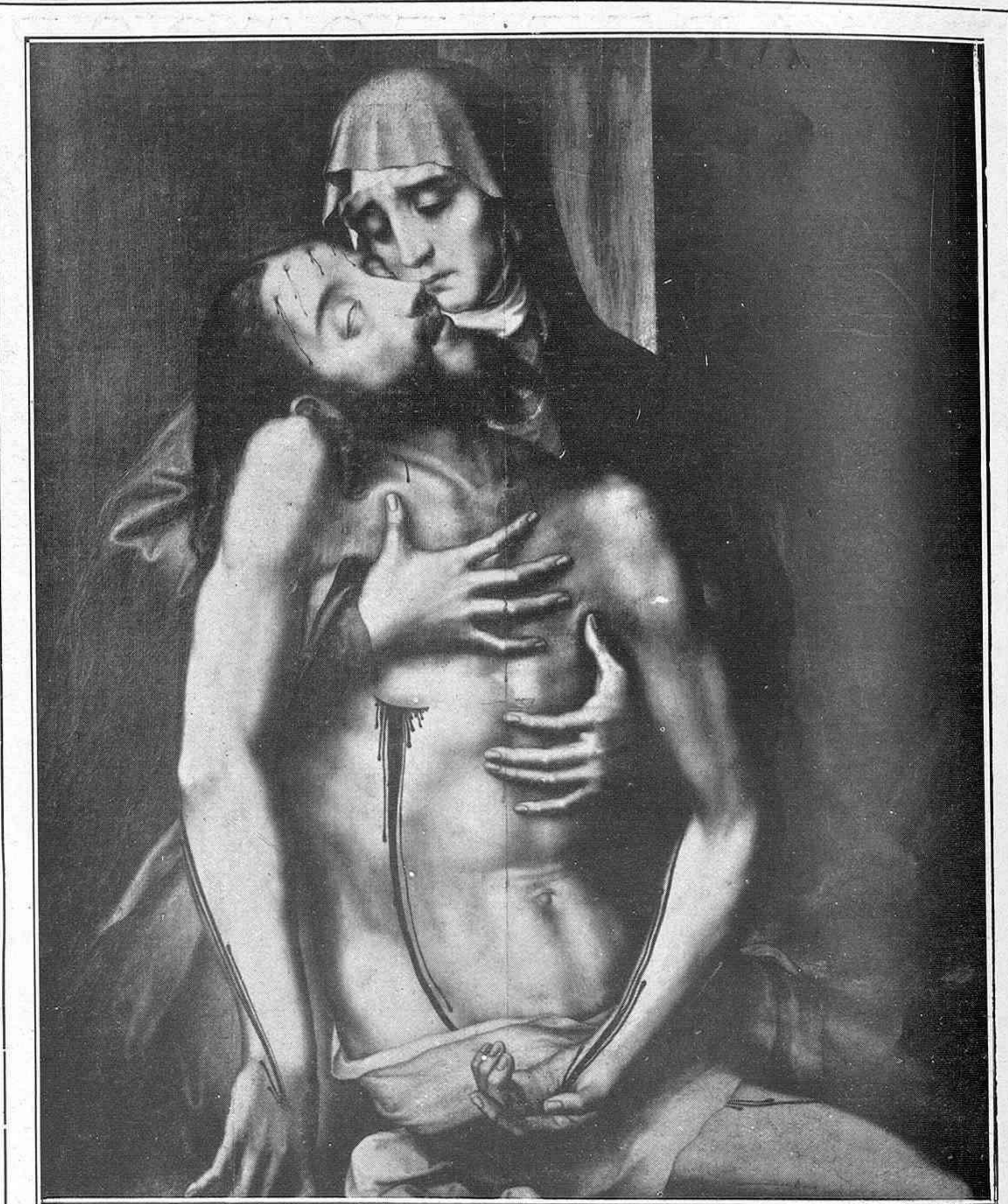
El 23 de Enero de 1585, no por el delito de la mala muerte de Escobedo, puesto que al Rey no le convenía mucho remover esta causa, sino por el de corrupción de bienes del Estado en lo que entonces se llamaba *visitas en Castilla*, le hizo condenar á ser encerrado en una fortaleza por espacio de dos años; y luego de cumplir esta pena, á destierro de la corte y sitios reales durante otros diez, más al pago y devolución de los bienes y objetos valiosos que hubiere malversado y recibido de la Princesa de Eboli.

Tres días antes de que esta sentencia fuese firmada, á fin de que no tratase de hurtar su ejecución, presentáronse en la casa en que estaba semiarrestado (la cual lindaba con la iglesia de San Justo) dos alcaldes de Corte. El uno entró en el escritorio del preso para recoger sus papeles, y el otro subió á comunicarle las órdenes que estaban á punto de cumplirse.

Antonio Pérez, que estaba acompañado de su fidelísima D.^a Juana, tuvo industria suficiente para embaucar al esbirro y escaparse por una ventana que había comunicación con el vecino templo.

Así como la evasión fué advertida, corrieron tras él alguaciles y corchetes, y violando el derecho de asilo, dieron con el fugitivo, todo lleno de polvo y telarañas, en uno de los desvanes de la iglesia.

Desde entonces vigilósele con más rigor, y á



«La Piedad», tabla del divino Morales, que se conserva en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

fin de obligarle á entregar los documentos comprometedores para el Rey que había logrado salvar en la fuga, pusieron en prisión á su valerosa compañera y á sus inocentes hijos.

Con este ardor rindióse la tenacidad del hombre (aunque no se rendía la fortaleza de la mujer), y en un billete escrito con su propia sangre mandóla entregar cuantos papeles podían favorecerle.

Muchas y muy amargas fueron las vicisitudes que el secretario en desgracia sufrió hasta el punto y hora que la Providencia fué servida de ofrecerse para su liberación definitiva.

Hasta las cuerdas del tormento, de que se creía libre por ser hidalgo, agarrotaron y mancaron sus miembros bárbaramente, sin que la conciencia negra de aquel monarca culpable diese entrada á un rayo de piedad.

Harto prolijo sería traer á recordación las trágicas jornadas de aquel proceso, que si verdaderamente merecía un castigo ejemplar por abuso del poder, el pueblo en masa debió alzarse si no se llevaba también á galeras ó al patíbulo al principal delincuente.

Ya estos pensamientos comenzaban á germinar de Palacio afuera; pero no había un alma enérgica que hiciera florecer, aunque no faltó alcurniado prócer que dijese con gran riesgo de su vida:

«Traiciones de vasallos á reyes, muchas se han visto; pero de rey á vasallo, nunca tal...»

A raíz de aquel tormento tan injusta é inhumanamente dado al infelice cómplice de Su Majestad, quedó el pobre tan roto y fuera de salud, que porque no feneciera sin pasar por las manos de Diego Ruíz, verdugo de la Villa, con-

sintieron sus jueces en que le asistiera doña Juana.

Antonio Pérez parecía estar á punto de acabar; no abandonaba el lecho y cada vez que los guardianes entraban en su celda pensaban que la hora de su fin estaba próxima.

Así llegó el Miércoles Santo, que aquel año de 1590 fué el 18 de Abril.

La fidelísima esposa lo tenía prevenido todo, sin perdonar detalle que pudiese malograr la jornada. Aquel día entró y salió muchas veces arrebujaada en su manto. Cada vez que trasponía los umbrales de la prisión apenaba con sus sollozos los corazones de los guardianes.

No lejos, á espaldas de la casa solariega que habiendo sido mansión prócer hacía oficios de cárcel, esperaba el alférez Gil de Mesa y el genovés Juan Francisco Mayorini, con tres briosos trotones.

Expandiase el toque de ánimas desde todos los campanarios de la Villa cuando D.^a Juana tornó á salir, y ya con gran recelo de las guardas no reapareció en toda la noche.

A la mañana siguiente halláronla en la celda, vestida con las ropas de su esposo.

Antonio Pérez huía á todo el galope de su brioso corcel hacia el reino que perdió sus fueros y sus libertades por darle hospitalidad.

La sublime esposa pagó con la cárcel y en compañía de sus hijos tan hermoso rasgo de buen amor...

Tales solían ser las justicias del inexorable y austero monarca que alzó la mole de San Lorenzo en El Escorial.

DIEGO SAN JOSE

LA SANTA DUQUESA

RUIDOSA alegría animaba la villa de Pedrola con festejos lucidos, ostentosos y caritativos, pues sólo las limosnas repartidas importaron una crecida cantidad. Celebraba la vuelta de su señor, después de cinco años de ausencia, durante los cuales, nombrado paje del Príncipe don Felipe, por cédula de Carlos V, le acompañaba en su viaje á Inglaterra; pasa á Italia, á Francia y Flandes, asistiendo en Bruselas á las pompas fúnebres del Emperador, llevando el estoque real.

Volvió señalado vencedor del francés, poseedor de ricos presentes y preciadas obras de arte, trayendo entre su numeroso séquito artistas extranjeros tan celebrados como Esquert y Rolán de Moiss.

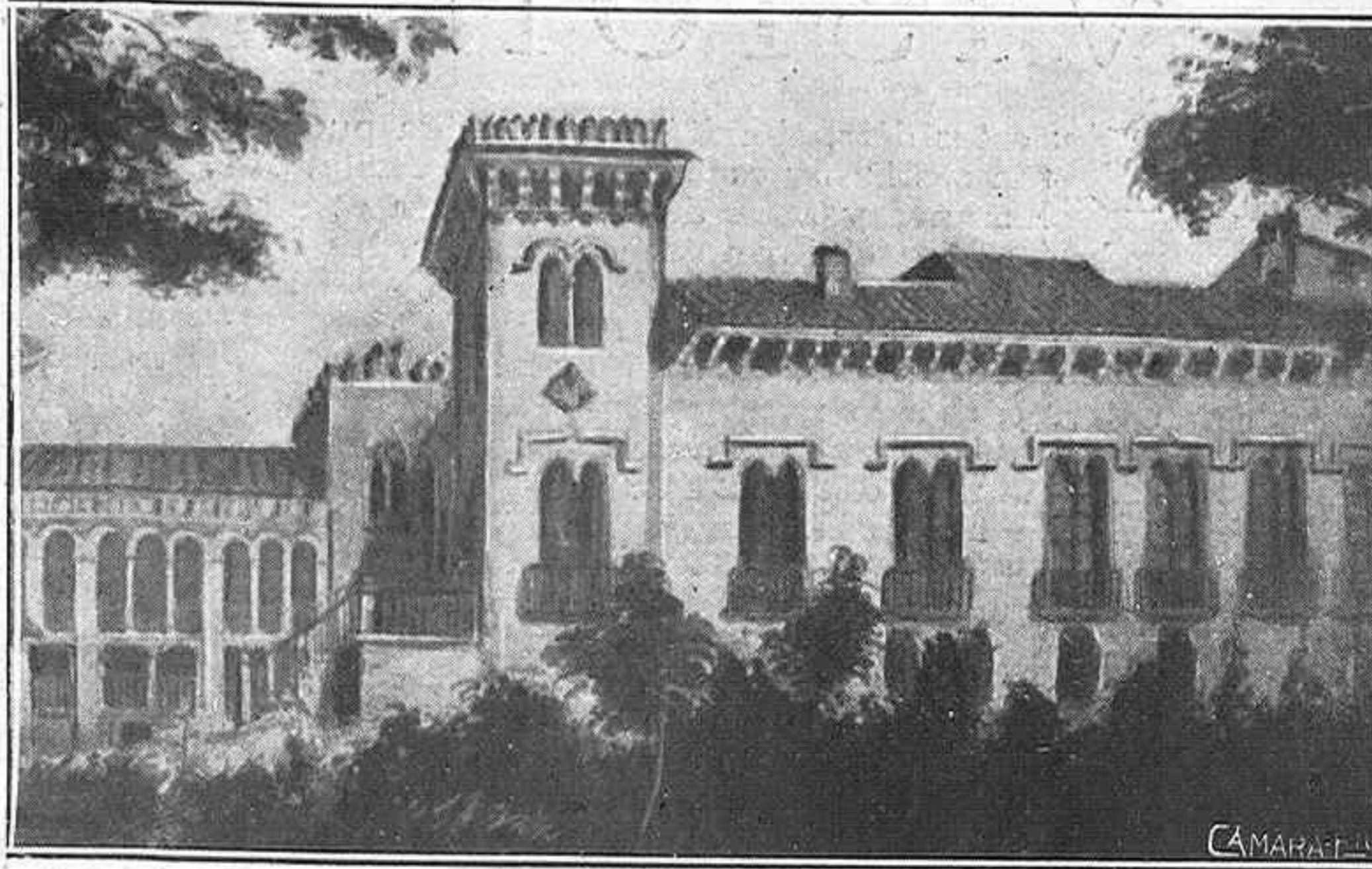
Volvió, además, dueño del Ducado de Villahermosa que tanto habían ennoblecido sus mayores, el que había salido conde de Ribagorza, don Martín de Gurrea y Aragón.

Era D. Martín hijo del activo y enérgico don Alonso Felipe, aquel que tuvo la valentía de negarse á los deseos de Carlos V por considerarlos «contrafuero» y perjudiciales á los intereses del reino. Fué su ascendiente el primer duque de Villahermosa, el gran D. Alonso de Aragón, hijo de Don Juan II, uno de los primeros capitanes de su tiempo, gobernador de Castilla mientras el Rey Católico guerreaba en Andalucía, y á cuya nobleza se rindió, vencido en la batalla de Aybar, su hermano, el desgraciado Príncipe de Viana, bajo promesa de no llevarle á la presencia de su padre.

□□□

Era la duquesa su esposa, D.^a Luisa de Borja y Aragón, hija de los duques de Gandía, dama de costumbres piadosas y místicas aficiones, espíritu privilegiado, más grande por sus virtudes que por su jerarquía, con ser tanta, que mereció el título de «Venerable».

Había tan ilustre dama de la rama real de Aragón administrado su casa durante la ausencia del duque con tal acierto y disposición, que es fama quedó éste sorprendido por el buen es-



Palacio de los duques de Villahermosa, en Pedrola, donde Cervantes colocó las graciosas escenas de «Don Quijote en casa de los duques»

(De una acuarela de V. Carderera y fototipia de Laporta en el *Album Cervantino Aragonés*, publicado en 1905 por la Exema. Sra. duquesa de Villahermosa)

tado de su hacienda, que pensó hallar quebrantada á causa de los grandes dispendios á que le obligaron sus ostentaciones en el Extranjero.

«Halló el duque con mucho gozo suyo—dice el biógrafo Padre Muniesa—á sus hijos con salud y bien educados, su familia contenta, sus rentas desempeñadas, sus Estados pacíficos y bien gobernados, sus pleitos concordados, sus graneros con siete mil caíces de trigo y tres mil de cebada, y todo tan bien cuidado, que no oía sino elogios y bendiciones á la duquesa gobernadora.»

De aquel su natural inclinado á la rectitud y justicia, dió diferentes pruebas en el curso de su gobierno. Así fue el perdón ejemplar que otorgó á unos huídos de Ribagorza; la caritativa tolerancia que usó admitiendo en cierta villa de su propiedad á una mujer de malvivir que había sido desterrada de una ciudad vecina, y otras manifestaciones reveladoras del modo sano de entender y practicar el verdadero espíritu cristiano.

Pero, sobre todo, en una ocasión se puso á prueba el temple y el valor moral de D.^a Luisa á propósito de un caso novelesco, cuyo relato muéveme principalmente á escribir esta crónica.

Disfrazado de paje entre la servidumbre del duque, vino una dama extranjera, objeto de sus preferencias amorosas; hecho que no podía permanecer oculto mucho tiempo á los ojos de la duquesa, que, sabedora del caso, esperó ocasión de tener en su presencia al duque y al «paje»; y volviéndose á éste, con templanza al par que resolución, le dijo las siguientes palabras, que literal y cuidadosamente consigna el conde de Guimerá (1):

«Mis obligaciones y las del duque no me sufren disimular más las quejas que tengo de vos. Sé quién sois, y que no sois lo que parecéis; y que en mi casa, según la noticia que tengo de la de vuestros padres, tan honrados por su naturaleza como afrentados por vuestra desenvoltura, érais muy á propósito para dama mía, pero no para dama de mi marido. Ya os tengo cortado el vestido conforme á vuestro sexo, á vuestra calidad y á mi decoro. En mi casa, ni con él ni sin él podéis quedar, ni yo lo puedo consentir por la razón que, pues vos la sabéis, no es menester que la diga. Pero nada os faltará en cuanto fuera della hubieredes menester; y tomo desde hoy por mi cuenta el cumplir con todas las obligaciones de caballero y de cristiano que con vos pudo contraer el duque.»

Y para que comencéis á conocer el amor que os tengo y la estimación que deseo hacer de vuestra persona, vuestro nombre, si me queréis creer, pues ya no podéis volver á tomar, sin agravio de muchos, el de vuestra casa, será en adelante de la nuestra, llamándoos D.^a María de Aragón. No os desesperéis ni os desconsoéis, que Dios sabe el amor con que os lo digo. No me espantan vuestras flaquezas, sino que

me compadezco de ellas en consideración de que sois mujer. Si para convertirnos y daros más de veras á Dios os resolvéis de ser religiosa, decidme de qué convento, que á mi cuidado quedará el facilitarlo todo y el que seáis recibida y tratada como cosa de mi casa. Si no tomáis esta resolución, yo os acomodaré por ahora con quien estaréis decentemente, tan bien como conmigo; y dando vos en vuestro modo de proceder la satisfacción que deseo y confío, no faltarán medios competentes para colocaros, á su tiempo, por vías de casamiento honrado. Yo no puedo dejar de representaros, que lo mejor es lo primero.

Pensad en qué tenéis alma, y una sola, y en que hay Dios y le tenéis muy agaviado.»

Y volviéndose al duque, le dirigió asimismo tan sentidas y nobles palabras, que éste, no pudiéndose callar por más tiempo, exclamó:

—Quién á tan honrada fuerza no se rinde, ¿á quién se rendirá?

—Ríndaos, señor, la de Dios, cuyas ofensas me tenían lastimada—repuso la duquesa.

Encargó luego á su camarera vistiese según convenía á la que desde entonces se llamó doña María de Aragón, la cual, una vez cambiada de traje, arrodillóse ante su generosa protectora, pidiéndole, con lágrimas, perdón por las ofensas inferidas, y suplicándole dispusiera de ella, cuyo deseo era acabar su vida en un convento. Así sucedió, pues con el favor de la duquesa ingresó en el Orden de Santo Domingo de Zaragoza, y su fervor y piedad le alcanzaron el título de fundadora.

Fué la duquesa elevado espíritu, á un tiempo digna esposa y gran señora, quien supo dar solución á tan hondo disgusto conyugal, sin que el fervor religioso entibiase la inclinación y amor al marido, ni los celos cegasen su generosidad proverbial; virtudes que le valieron el título de «Venerable» que le da la Historia, y el de «Santa» con que la aclamaban los humildes, los pobres y los desvalidos.

JULIA PEGUERO



D. MARTÍN DE GURREA Y ARAGÓN
Conde de Ribagorza, duque de Villahermosa
(Original de Rolán de Moiss, copia de la fototipia de Hausser y Menet)



DOÑA LUISA DE BORJA Y ARAGÓN
Venerable condesa de Ribagorza, duquesa de Villahermosa
(Original de Rolán de Moiss, copia de la fototipia de Hausser y Menet)

(1) Del libro *Discursos de monedas y medallas*, escrito por D. Martín de Gurrea y Aragón, conde de Ribagorza, duque de Villahermosa, publicado por la excelentísima Sra. D.^a Carmen Aragón Azlor, duquesa de Villahermosa, con prólogo de D. José Ramón Mélida.

EL CENTENARIO DE SANTA TERESA

VISIÓN DE ÁVILA

EN estos días, simultáneamente, en pueblos tan castizos y castellanos como Avila, Salamanca y Alba de Tormes, han comenzado á celebrarse, con gran esplendor, las fiestas del tercer Centenario de la Canonización de Santa Teresa de Jesús. El lector ha de consentirme que evoque, en días sucesivos, tan gratos rincones de nuestra España, que, por ser paisajes teresianos, debieran estar presentes en la retina y en el corazón de todos los españoles.

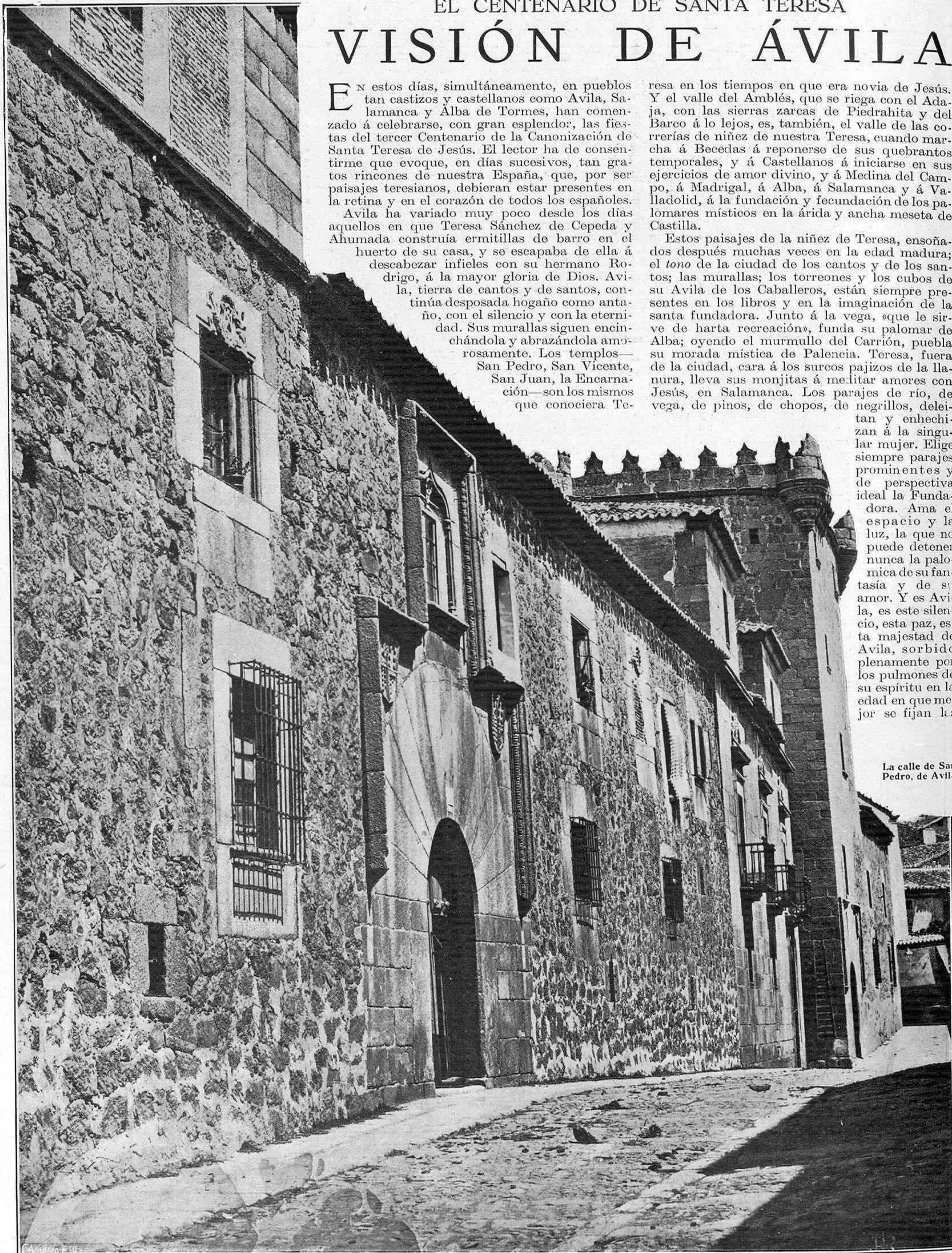
Avila ha variado muy poco desde los días aquellos en que Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada construía ermitillas de barro en el huerto de su casa, y se escapaba de ella á descabezar infieles con su hermano Rodrigo, á la mayor gloria de Dios. Avila, tierra de cantos y de santos, continúa desposada hogaño como antaño, con el silencio y con la eternidad. Sus murallas siguen encinchándola y abrazándola amorosamente. Los templos—San Pedro, San Vicente, San Juan, la Encarnación—son los mismos que conociera Te-

resa en los tiempos en que era novia de Jesús. Y el valle del Amblés, que se riega con el Adaja, con las sierras zarcas de Piedrahita y del Barco á lo lejos, es, también, el valle de las correrías de niñez de nuestra Teresa, cuando marcha á Becedas á reponerse de sus quebrantos temporales, y á Castellanos á iniciarse en sus ejercicios de amor divino, y á Medina del Campo, á Madrigal, á Alba, á Salamanca y á Valladolid, á la fundación y fecundación de los palomares místicos en la árida y ancha meseta de Castilla.

Estos paisajes de la niñez de Teresa, ensoñados después muchas veces en la edad madura; el *tono* de la ciudad de los cantos y de los santos; las murallas; los torreones y los cubos de su Avila de los Caballeros, están siempre presentes en los libros y en la imaginación de la santa fundadora. Junto á la vega, «que le sirve de harta recreación», funda su palomar de Alba; oyendo el murmullo del Carrión, puebla su morada mística de Palencia. Teresa, fuera de la ciudad, cara á los surcos pajizos de la llanura, lleva sus monjitas á meditar amores con Jesús, en Salamanca. Los parajes de río, de vega, de pinos, de chopos, de negrillos, delectan y enhechizan á la singular mujer. Elige siempre parajes prominentes y de perspectiva ideal la Fundadora. Ama el espacio y la luz, la que no puede detener nunca la palomica de su fantasía y de su amor. Y es Avila, es este silencio, esta paz, esta majestad de Avila, sorbido plenamente por los pulmones de su espíritu en la edad en que mejor se fijan los

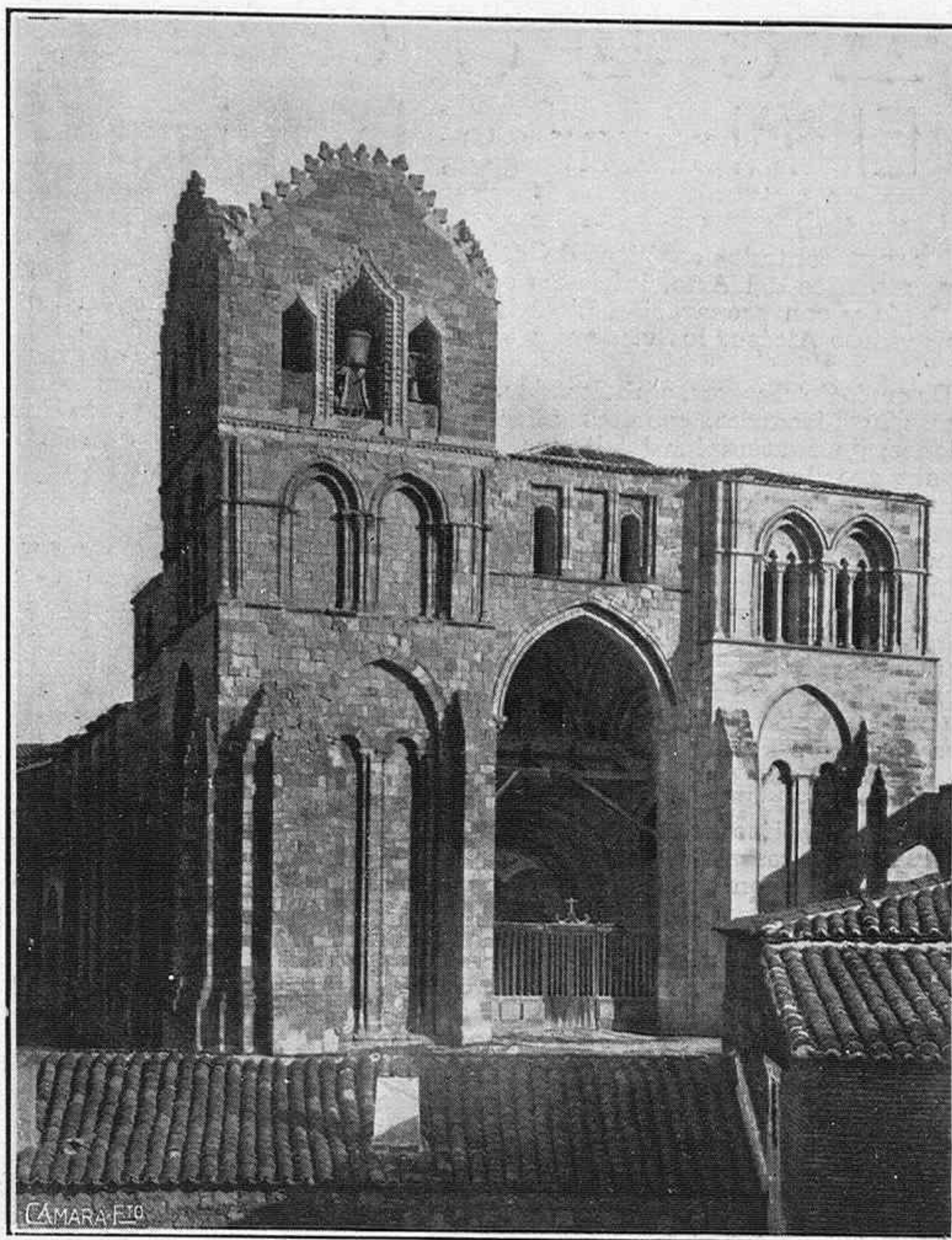
La calle de San Pedro, de Avila

La calle de San Pedro, de Avila





Convento e iglesia de Santa Teresa



Basilica de San Vicente

impresiones, los que siempre persisten y perduran en Teresa, á pesar de sus ajetreos, de sus peregrinaciones, de sus caminatas, de sus empresas, de sus fundaciones y de sus aventuras de dama andante, que leyó, de moza, libros de caballerías.

Y tengo para mí que también las murallas abulenses influyen no poco en las imágenes, siempre frescas, y en las metáforas, lozanas y graciosas, de su misticismo soñador y enamorado. Leyendo las *Moradas*, veo delante de mis ojos siempre á una niña hermosa y morena mirar el cielo, y al buen Jesús más allá de los cubos y de los torreones de las murallas de la vieja y santa ciudad de los hidalgos. Recordad que Teresa nos habla á todas horas de su «castillo interior». Y en las imágenes espirituales, en los momentos en que mejor y más anchamente vuela por los espacios del ideal su fantasía, describe, recuerda, traza, pergeña siluetas de estos muros, estampas de estas puertas, y almenas, y fosos, y contra-

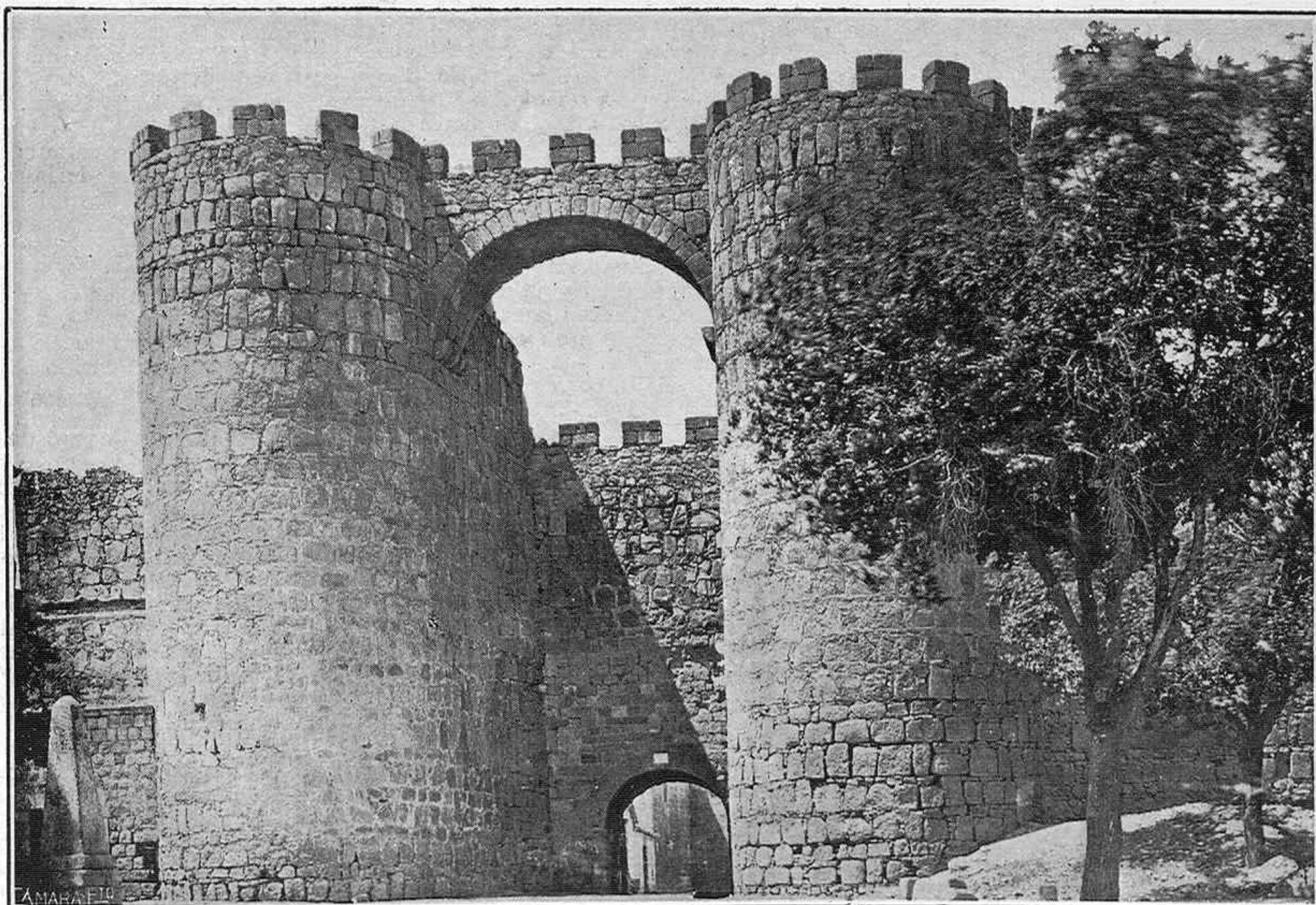
fosos. El cielo de Teresa es Avila, con murallas hechas cielo. Más de una vez, rumiando meditaciones preñadas de paz en Avila, he dado en la flor de cavilar que Avila de los Caballeros era la Jerusalén celestial de la elegida. Y del mismo modo que pasando por el Puente Viejo de Florencia, sobre el Arno, en la Toscana, remembramos necesariamente la figu-

ra de Beatriz, blanca y pura, levantando tempestades en el cerebro y hogueras en el corazón del gibelino Alighieri, así también, paseando junto al Alcázar, yo evoco la figura de Teresa, loca de amor por su Jesús, y la veo suspirar junto á San Pedro, y encararse con el cielo, y decir dulcemente con los labios del alma aquellas palabras de amor no superadas jamás en nuestra lírica:

¡Dulce Jesús mio,
Dulce Jesús bueno:
véante mis ojos,
muérame yo luego!

¡Peregrino lector que vas estos días á Avila de los Caballeros: la figura de Teresa es inseparable de la traza de esta ciudad, hecha para la plegaria y para el silencio! Oye, en este silencio, la voz de la elegida: suave como el agua que corre por un regato, de pura, fresca y cristalina que es.

Y en San Vicente, en Santo Tomás, en San Pedro, flotan todavía las salves que rezó de niña Teresa á la Virgen María, cuando perdió á su madre, y pedía á la Virgen que la prolijase, para no ser huérfana dos veces.



La puerta de San Vicente, á la entrada de Avila

J. SÁNCHEZ ROJAS

El Alcázar y la futura Exposición Hispanoamericana

A PARTE contados espíritus de selección, enamorados del Arte, iniciados en Arqueología y con preparación histórica, salen del maravilloso Alcázar los visitantes algo así como fríos.

Después de recorrer, embelesados, patios y cámaras hechizadores, esbeltas galerías y vastos salones; de contemplar deleitados las filigranas de sus arcadas, la riqueza de sus techumbres, los reflejos cegadores de sus paramentos de azulejos, la brillantez de sus dorados alfarjes, la elegancia de sus frisos y la singular preciosidad de sus puertas, pese a este conjunto de fantástica belleza, nótaseles que echan algo de menos. Pareceles que al famoso Alcázar le falta algo esencial que le imprima calor de vida, intimidad de mansión humana...

¿Por qué estos hermosos, pero leves vestigios de lo que fué un día la espléndida residencia imperial—aunque no hubiese albergado emperadores,—por lo augusto de su arte; por qué estos leves testimonios del poderío y de la grandeza esplendorosos de nuestros Monarcas y de esta patria que con tanta gloria rigieron; por qué —me preguntaba yo muchas veces— no llenan totalmente el alma de cuantos profanos y doctos, propios y extraños los contemplan? Una frase escuchada á un turista dióme la respuesta á mi pregunta y la causa de aquella impresión.

El maravilloso Palacio que el justiciero y conquistador Don Pedro I mandó construir, según las más verosímiles opiniones eruditas, dentro del recinto de murallas donde se asentó el Alcázar—casa fuerte con torres—del tiempo del Califato, engrandecido por los almohades después, y ocupado por príncipes y gobernadores musulmanes; el maravilloso Palacio fué construido... para ser habitado. La falta de mobiliario, de todo menaje, es lo que al vulgo produce aquella impresión de frío en el alma, de tristeza... ¡de tristeza en aquella poética morada, en la magnífica puerta de cuyo famoso Salón de Embajadores se lee en caracteres cúficos esta inscripción: «En su construcción y embellecimiento resplandeció la alegría»...

Los mismos jardines del Alcázar, de infinita belleza de ensueño, de los cuales un antiguo escritor, Arana de Varflora, en su *Compendio*, dijo que en los de «las Damas, la Galera, Gruta vieja, el León y el Grande, se admiraron muchas todas de arraihanes, sin otras muchas de alabastro y bronce, entre las cuales hay una con una trompeta en la boca, que toca á fuerza que le suministra el agua con soberano ingenio; estos mismos jardines causan melancólica im-

presión de falta de vida humana, una sensación de tristeza, porque de aquellos gigantes y figuras de arrayán no queda ninguno.

¿Por qué no infundir alegría de vida á los jardines y á su Alcázar? Mejor dicho: ¿por qué no infundirles la animación y la alegría de sus épocas, de modo que fueran fácilmente evocadas y sugeridas en la mente de cuantos los contemplan?...

Se me objetará que igual pregunta podría formularse acerca de la Alhambra de Granada. Y, ¿por qué no dar igual respuesta afirmativa? La propia Alhambra ganaría más en fuerza evocadora y emocional amueblada y alhajada, cual si acabasen de abandonarla sus príncipes musulmanes. Despójense de sus muebles peculiares las mansiones históricas más famosas y, pese á las bellezas arquitectónicas, habrán perdido las tres cuartas partes de su carácter y de sus encantos. Y hasta aquellas bellezas lucirán menos.

Del mismo modo, amueblados, lucirán más el Salón de Carlos V, el Dormitorio de los Reyes Moros, el Salón de Embajadores y las demás estancias del ensañador Alcázar...

¿Con arreglo á qué época? No es muy difícil la respuesta, no obstante mostrar aquellos muros las más gallardas y asombrosas muestras del talento de nuestros artistas en un período de ocho siglos, durante el cual se sucedieron insignes maestros y habilísimos artífices con los naturales cambios y transformaciones del arte, con las influencias de los estilos dominantes en cada época.

Precisamente esta diversidad favorece mi idea. El Alcázar podría transformarse—me refiero á la planta baja—en un Museo de historia del mueble español, desde un siglo antes de la toma de Sevilla por San Fernando hasta el fin del reinado de Felipe II, amueblando y alhajando cada una de sus estancias con arreglo á la época que exigiese ó á la más aproximada—y aun con cierta licencia donde hiciese falta, siempre que no se incurriese en grave anacronismo—, para que los visitantes pudiesen fácilmente imaginarse el Alcázar en un momento de la vida de sus moradores en siglos pasados: de un Príncipe musulmán, de su favorita, de San Fernando, de Don Pedro, de D.^{na} María de Padilla, de los Reyes Católicos, de Carlos V, de Felipe II...

Al hablar de este ensueño á algunos amigos míos, los he hallado más ambiciosos que yo: pretenden que cada estancia fuese, mediante esculturas policromadas, reproducción de una escena culminante de la vida en el Alcázar de determinado personaje entre aquellos antes citados.

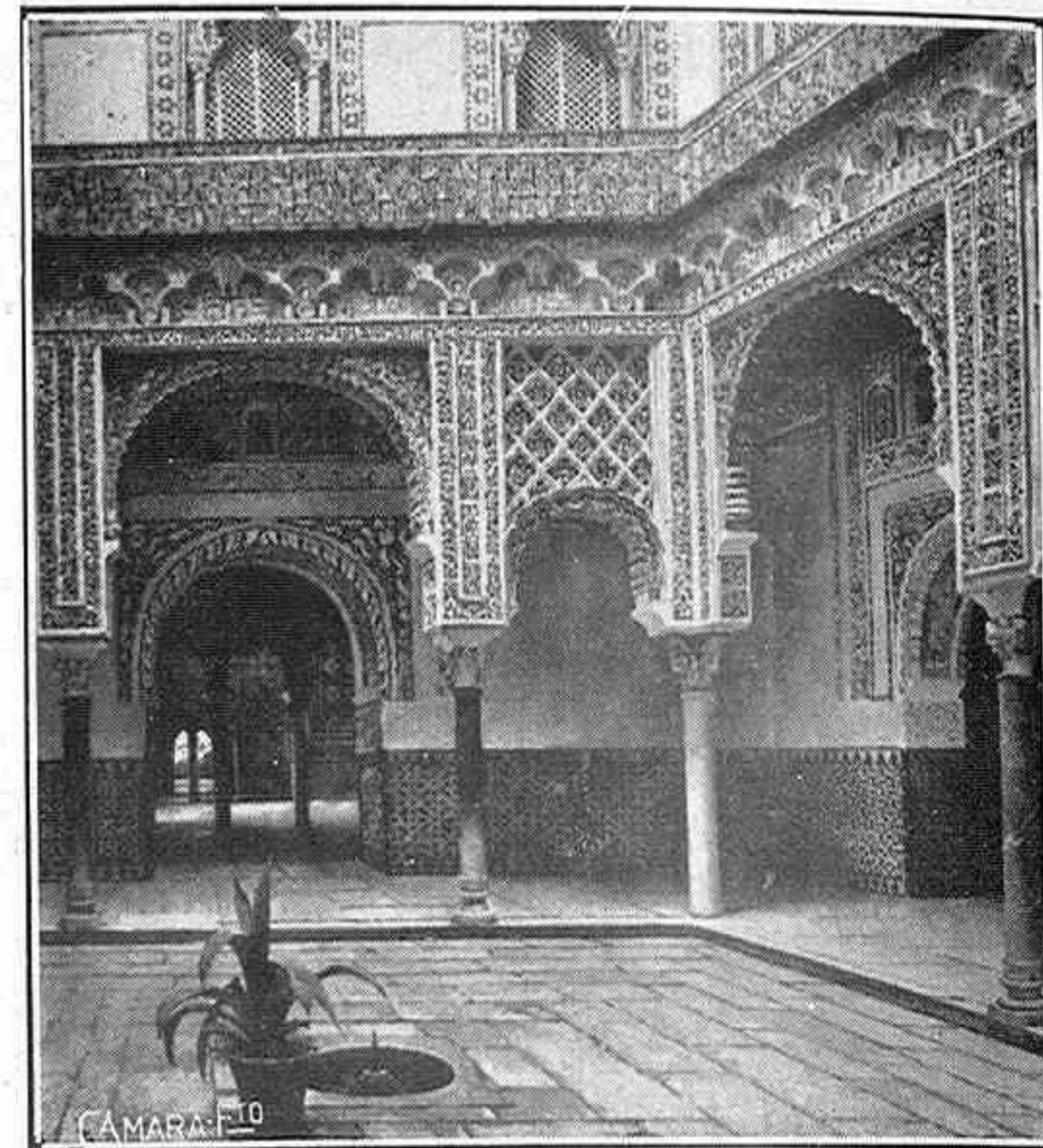
Más atinado me parecería poblar de esculturas—en mayoría femeninas—las jardines y los patios y galerías del Alcázar; en éstos, sí, policromadas.

Desde luego sería una insensatez pretender que el Real Patrimonio, al cual pertenece el Alcázar, cuyo sostenimiento tantos gastos y atenciones regias cuesta, realizase á su costa el embellecimiento aquí propuesto.

Su realización, á mi juicio, corresponde al Comité de la Exposición Hispanoamericana, en primer término, que debería requerir y lograr el apoyo de Sevilla entera con su Ayuntamiento y su Diputación; el del Estado y el de todos los amantes del arte patrio y de nuestros grandes monumentos. El Comité debería nombrar una Comisión para que organizase el correspondiente concurso entre todos los artistas españoles para amueblar y alhajar las estancias del Alcázar con arreglo al estilo que para cada una se determinase. Con los bocetos á todo color presentados, podría también organizarse una Exposición, que proporcionaría importantes ingresos.

¿Que costaría mucho aquella realización? O la Exposición Hispanoamericana ha de ser un fracaso—crear lo cual es absurdo—, ó el importe de las entradas para visitar el Alcázar transformado y animado habría de pagar con creces el gasto presupuesto.

Sobre todo, si el proyecto se completaba abriendo un concurso de obras dramáticas y otro de líricas, basadas en episodios históricos, cuya acción se desarrollase en distintos luga-



Patio de las Princesas del Alcázar de Sevilla

res del Alcázar y de sus jardines, para representarlas en su propio y realísimo marco, á la manera de aquella representación que de *Micbt* dió el poeta Maeterlinck en su castillo de Saint-Wandrille. Igualmente deberían representarse en el Alcázar—una vez amueblado—escenas de obras clásicas que le tuviesen por decoración. Imagínese lo que interesaría á los miles de forasteros adinerados que han de llegar á Sevilla durante la Exposición Hispanoamericana la representación, por ejemplo, de dichas obras por nuestras eminencias dramáticas, ó la ejecución de la obra lírica premiada por grandes cantantes para un número limitado de espectadores... Y no hablemos de los conciertos de música española que pudiesen verificarse á la poética luz de la luna, en el poético Alcázar... Mucho y muy artístico, á la vez que productivo, podría realizarse allí, para convertir el Alcázar en un Museo, con lo cual tendría más fuerza de atracción de forasteros á Sevilla, que, naturalmente, por ser, á la postre, la más beneficiada por la iniciativa expuesta, debe ser también la más decidida á estudiarla y á mejorarla, y, desde luego, á contribuir á realizarla.

Desde luego, no cabe sospechar que el Real Patrimonio opusiese la más leve dificultad para la realización de esta iniciativa.

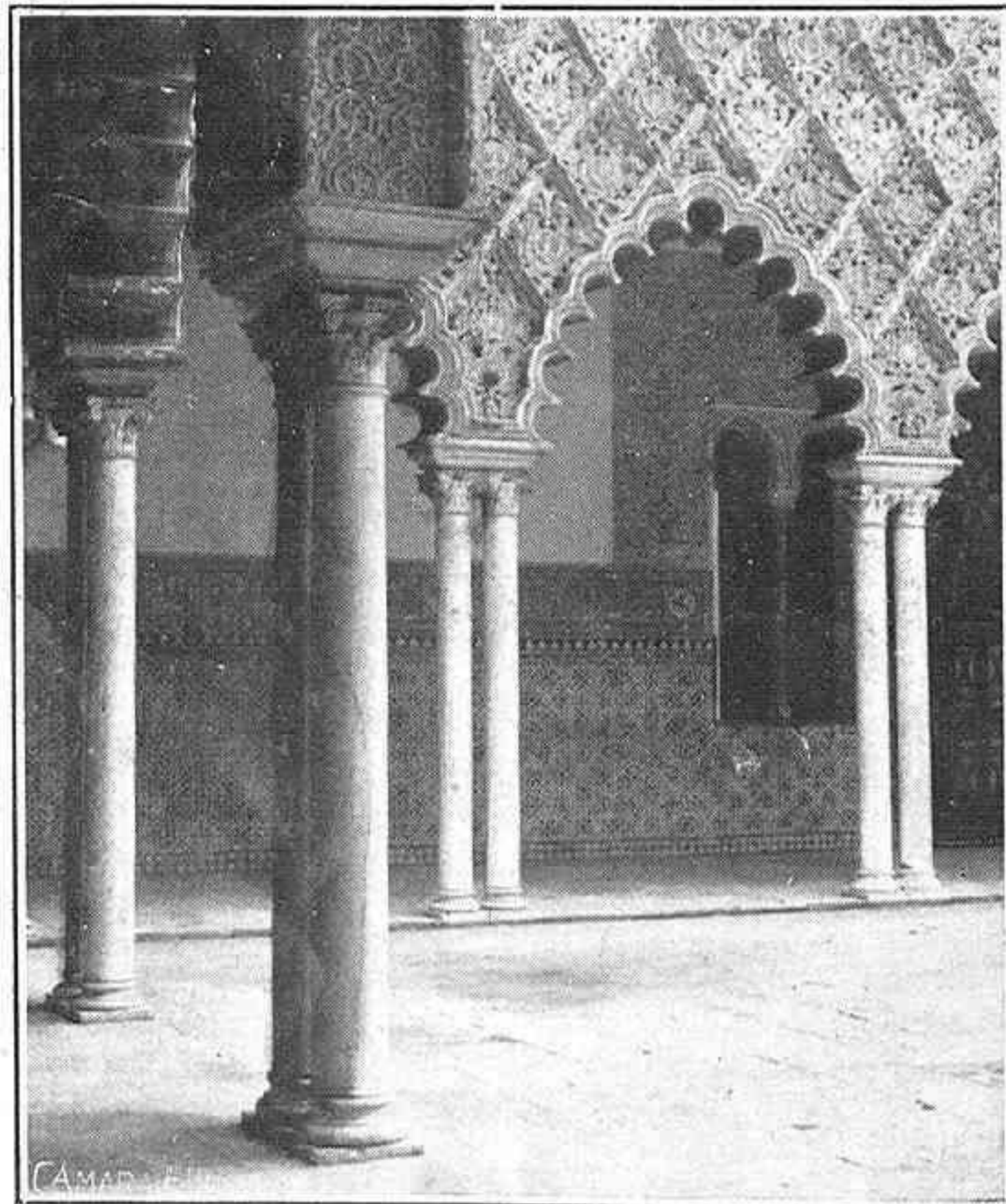
Más bien cabría esperar toda suerte de facilidades y apoyos, sabiendo que Su Majestad nuestro Rey Don Alfonso es una preclarísima inteligencia y un corazón henchido de patriotismo y, naturalmente, de amor á nuestras glorias artísticas, y que ha dado sobradas pruebas de su augusto cariño á Sevilla.

□□□

La fortuna me deparó un encuentro en el pasillo de un *sleeping* con el insigne marqués de la Vega Inclán, á quien tantas felices iniciativas, tan constantes y eficaces desvelos y tan generosos rasgos debemos los amantes del tesoro monumental y artístico de España; á quien se debe, igualmente, la divulgación y, á veces, el descubrimiento de las bellezas de nuestros paisajes más grandiosos. Al someter á su inteligente consejo el presente artículo, no sólo aprobó su tendencia, por hallarla conforme con su credo de toda la vida, sino que me alentó á publicarlo... y á algo más...

Ese algo más, la realización de las iniciativas que quedan expuestas, sólo es dado intentarlas con probabilidades de éxito á un gran prestigio y á una maestría como los del comisario regio del Turismo... A mí, si se decidiese al intento, no me corresponde más sino ofrecer muy gustoso mi colaboración, mi concurso insignificante, pero entusiasta...

MIGUEL SANCHEZDALP



Patio de las Doncellas del Alcázar de Sevilla

LA MODA FEMENINA
REFLEXIONES DE UNA MUJER
SENTIMENTAL

Yo quisiera saber qué es lo que pasa por las mentes de las personas que asisten á los conciertos.

Las exigencias de mi nuevo é interesante *metier* me obligan, naturalmente, á concurrir á gran número de reuniones musicales; y la actitud que en ellas observa el público es, según vengo notando, de lo más extraña é inesperada.

Diríase que apenas quedan sometidos al influjo del arte mágico, se convierten en actores la mayoría de los oyentes. Actores, ó, mejor dicho, intérpretes aislados de comedias individuales, en las que no se trata de resolver problemas, sino únicamente de exteriorizar, cada cual por sí y ante sí, la personalidad que evidentemente quisiera poseer. El uno, se siente alma incomprendida, y con gesto altivo se yergue sobre el asiento, único medio de aislarse de cuantos le rodean. El otro, espíritu filosófico, frunce el entrecejo, cierra herméticamente la boca y se abstrae del medio ambiente. Esta, corazón sensible, cruza sobre el pecho las manos y vierte lágrimas copiosas. Aquella, alma dolorosa y trágica, echa hacia atrás la cabeza, extiende los brazos y respira con dificultad.

Todos los tipos humanos y los estados de ánimo posibles de imaginar ha-

ciertos podría ser un admirable campo de experimentación psicológica para los novelistas.

Ganas me están dando de aprovecharme yo de ello antes de que cunda la idea. Pero... es demasiado pronto para abandonar el arte de mi elección; y... ¿qué diría mi maestro?...

Lo que me preocupa ahora es el saber cuál de todos los tipos que veo interpretados será el mío. Es decir: será aquel en que he expresado yo mi sentir cuando formaba parte del público en calidad de oyente. Hubiese querido parecerme á una chiquilla rusa que vi el otro día: un perfil agudo y ojos grises; cuyo rostro de Virgen de Neroccio se destacaba con singular transparencia en la penumbra; y á cuyo cuerpo desmadejado imprimía bello carácter medieval un traje de seda azul *paon* de cuerpo liso y muy largo; escote recto de hombro á hombro; mangas largas, acabando en puño en forma de copa, y sin más adorno que una medalla de plata antiquísima, sujeta por un cordón de plata oxidada; ó aquella otra mujer de mundo, prototipo de civilizada belleza, cuyo rostro, esmaltado é impasible, recordaba las caritas de marfil de los bordados chinos, aumentando esta impresión un traje de brochado color oro viejo, ampuloso de falda, muy rígido y ajustado en



llan en tales ocasiones una interpretación elemental, y quiero creer que espontánea. Porque... no es de suponer que los que en esta forma se manifiestan lo hacen con deliberado propósito...

Los hay como flores sensitivas, para los que cada acorde es una rapsodia interior y cada tiempo encierra un significado especial y secreto; ó tan sensibles á la melodía, que procuran armonizar con ésta la expresión de su rostro. Algunos prefieren el gesto arrogante; otros, el recoleto y tímido.

Ahora bien: si tan variada expresión obedece á un impulso inconsciente, no cabe dudar que una sala de

cuanto al cuerpo, orlado al pie y en torno al escote por un adorno de pluma muy rizada color marrón.

Esta mujer era la única que en aquella ocasión logró conservar, durante todo el concierto, la misma impassibilidad de expresión que observé en ella al entrar.

Asáltame, sin embargo, un temor en lo que á su expresión se refiere. El de que la serena fijeza que admiré no obedeciera á un dominio de la sensibilidad ni á contenida emoción, sino al miedo de ver desbaratarse la obra de arte que era aquel cutis de marfil y las pestañas prodigiosamente largas y pobladas.

ROMANCES DE AMOR Y DE DOLOR

En la hora—rosa, oro y violeta—del atardecer, vibran en el ambiente de las glorietas provincianas, de las plazas sentimentales de Madrid, de los jardines suavemente dorados por el sol poniente, los romances infantiles. Se abren, como una lírica flor, en las bocas de los niños, y al retorcerse y morir en el espacio funden la cadencia melancólica de sus versos con el aire en calma de la tarde.

Se escuchan también en las mañanas en que el sol amarillea la pompa verde de los parques. Las horas matinales de los jardines—las horas amadas por los niños, los viejos y los convalecientes—ponen su alegría clara sobre la tenue tristeza de los romances y las canciones infantiles. Estos alzan, como en los atardeceres, su ritmo antiguo y legendario en las mañanas en que el sol bueno ilumina los jardines... Los jardines donde una *miss* riñe con agrias voces a los niños, porque no la dejan leer reposadamente las páginas de Margarita Beecher-Stove, y donde un estudiante dice, junto a su novia joven y bonita, las frases eternas del eterno madrigal, bajo la copa nevada y rumorosa de una acacia...

Pero, sobre todo, los romances infantiles adquieren su máxima emoción en las horas del crepúsculo, cuando el cielo es una túnica de colores suaves ó sangrientos, y alza su voz secreta el corazón, y la tierra comienza a entregarse rendida, como una amante, al amor de las sombras...

Adquieren su máxima emoción, en lugares de recato y de silencio, a la hora en que el crepúsculo pone una palpación ruidosa sobre las calles congestionadas de la ciudad; a la hora en que empieza a fulgir la algarabía deslumbrante de los focos eléctricos y los anuncios luminosos; a la hora en que las mujercitas de amor mariposean en las terrazas de los cafés galantes; a la hora en que se encienden, como luces de tentación, sobre los escaparates de las joyerías, la sangre brillante de un rubí, la cristalizada gota de mar de una esmeralda, el destello violáceo de una amatista...

En Madrid se escuchan los romances infantiles en lugares que parecen reservados al recuerdo, a la meditación y al reposo, a la invasión alegre de los niños... Así, se escuchan en los parques, llenos de ese alborozo y de esa luz que sólo da la alegría sana del sol y de los niños. Se escuchan, detrás de la calle Mayor,

en algunas plazas del Madrid viejo, ese Madrid silencioso y encantado, de calles estrechas y retorcidas, de dormidas mansiones seculares, de rincones ungidos de evocación y de leyenda, donde aún creen vivirse los días bellos y lejanos del siglo XVII... Se escuchan, plenos de encanto y de emoción, en la plaza alegre y am-

tas donde los domingos toca la música, y las muchachitas sin amor deshojan, una vez más, el rosal siempre florido de la esperanza...

Los romances infantiles son romances de amor y de dolor. En la lírica ingenuidad, en el mago sentimiento de sus versos, canta el amor y el dolor solloza. En ellos, la ventura ríe con su risa clara, ó la tristeza mira con sus ojos dolientes. Son versos en que palpitan el trémulo alentar de la esperanza, los jirones de un amor roto, el ritmo apasionado de un madrigal, las rosas áureas y enfermas de la melancolía...

Así, romance de amor y de dolor, la balada de la princesita muerta, de la estrella que se restituyó al cielo y dejó clavada la saeta de un mal incurable en el alma de un Rey, juvenil y galante, que vagaba por las sombrías estancias silenciosas de palacio en busca de la que se fué llevando sobre sus labios encendidos la huella de los labios pálidos de la muerte... Así también, romances de amor y de dolor, la balada del caballero arrebatado a la pasión por la guerra, y la canción de la mujercita que llora—presa, por amar, entre las rejas de un monasterio—la perdida cascada áurea de sus cabellos...

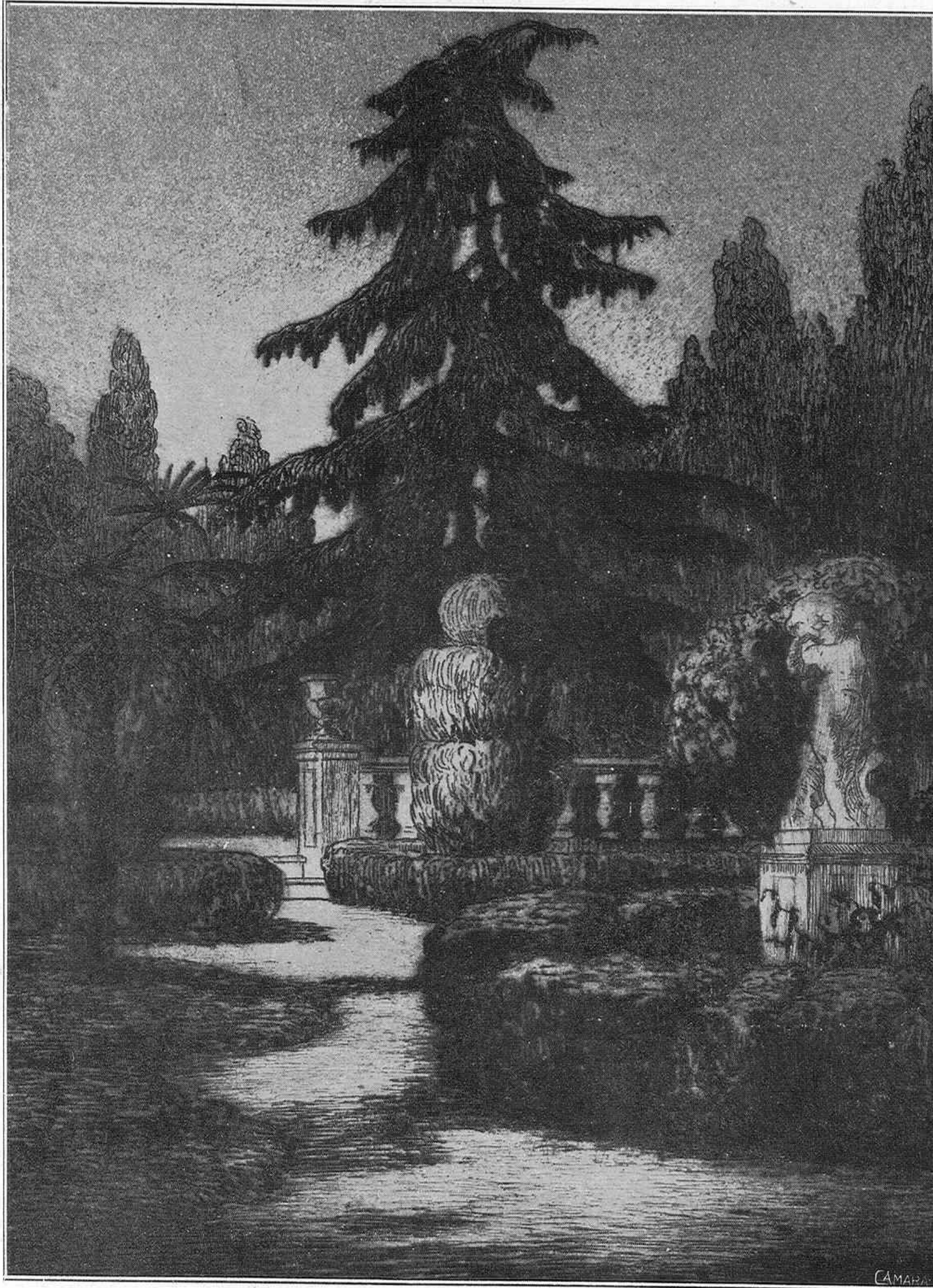
Los romances infantiles—que Carrère cantó en versos de brujo sentimiento—tienen en la sencillez de sus estrofas un intenso caudal emotivo. Nada que tanto haga sentir, que tanto hable al corazón, que tanto estremezca el alma como la cadencia añorante y suave de esas canciones... Canciones que una musa ingenua dijo ayer, y que han perdurado—tras los días, los años y los siglos—, porque en su forma humilde y clara encierran las risas y las lágrimas del amor y del

dolor, de los eternos motivos que zarandean a las almas sobre el tablado de la vida...

Y así, con lágrimas de dolor y con risas de amor, cantan y lloran las baladas infantiles en la calma sentimental del atardecer, que funde su romántica y vaga tristeza con la tristeza vaga y romántica de estas canciones, serpentina lírica, que se abren como melancólicas rosas de emoción en las bocas de los niños, y que hacen vibrar con sus versos de amor y de nostalgia las más hondas y dormidas cuerdas en el arpa del corazón...

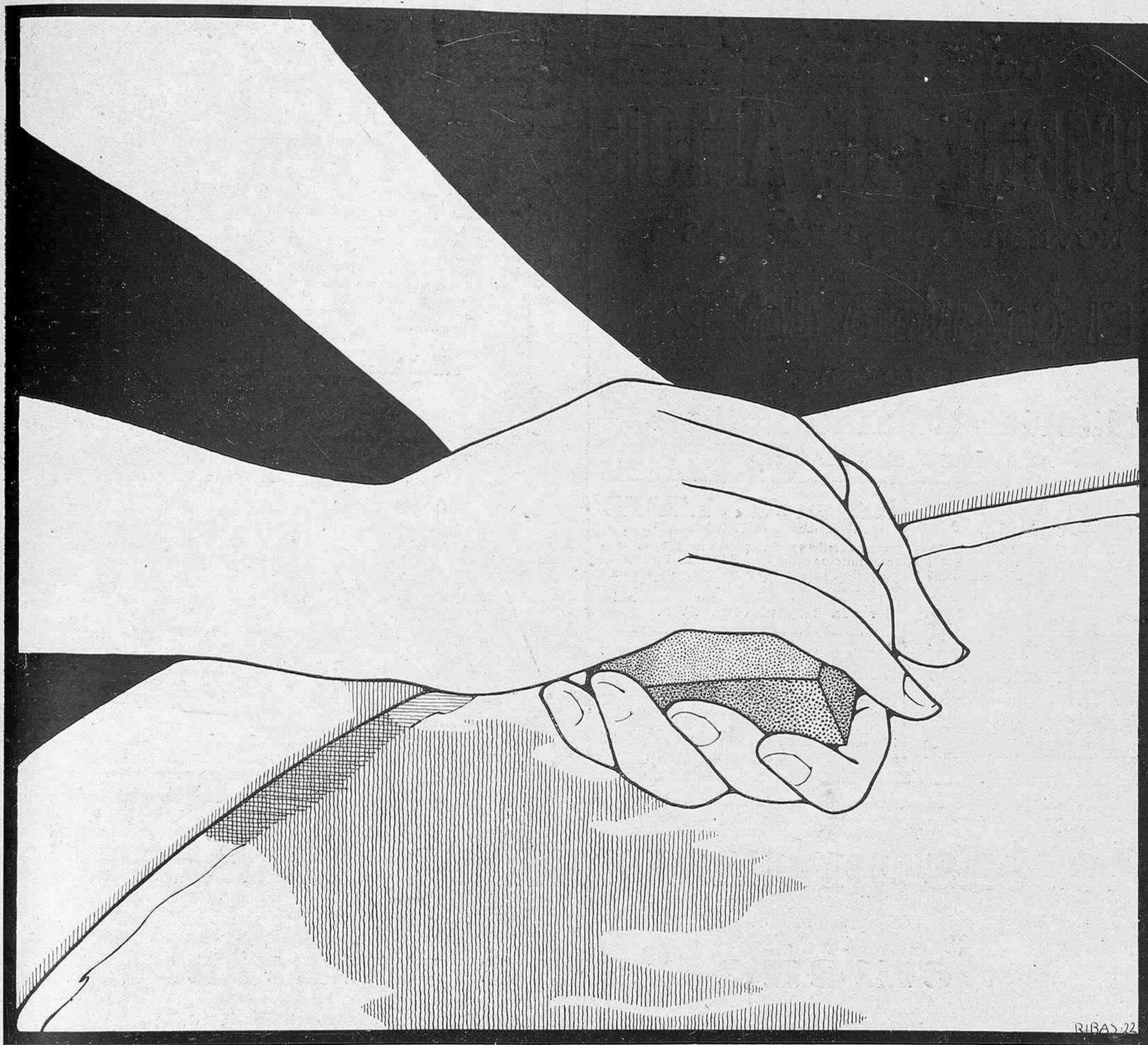
José MONTERO ALONSO

DIBUJO DE MANUEL MUÑOZ



plia de Oriente, en que parece temblar, obedeciendo a un doliente conjuro, la sombra de la Reina Mercedes, la Reina joven y buena, cuya muerte es románticamente cantada por esas estrofas que el alma ingenua de los niños dice en la paz inefable del atardecer...

En provincias, en las provincias embellecidas por el tópico literario, los romances son un motivo más en el eterno poema provinciano: el poema del que son versos melancólicos las campanas del convento monjil, las calles perpetuamente empapadas de silencio y de soledad, la agobiante tristeza de la lluvia, la sensualidad enferma de las mujeres que miran tras una reja ó un balcón siempre cerrados, las glorietas román-



RIBAS-22

EL JABÓN HENO DE PRAVIA

es el jabón que pone las
manos blancas y suaves.

PASTILLA 1.50

En todas las Perfumerías, Droguerías y Farmacias de España.

P E R F U M E R I A G A L - M A D R I D

El 1.º de Mayo
se pondrá á la venta

HOMBRE DE AMOR

NOVELA DE 350 PÁGINAS

POR

El Caballero Audaz

PEDIDOS:

Editorial «Mundo Latino»

APARTADO 502.—MADRID



Miss KATE

Especialista americana, única en el arte de suprimir las arrugas, papada, mejillas colgantes, defectos del rostro é inflamación de los párpados. Producto extraído de las plantas.

CULTURA FISICA

Rejuvenecimiento completo comprobado. 31, rue des Batignolles, Paris XVII^e.

Misterios de la Policía y del Crimen

∴ PÍDASE A ESTA ADMINISTRACIÓN ∴



Fiestas primaverales de Sevilla

Semana Santa y Feria

13

JUEVES
SANTO

Los espectáculos cumbres de la emoción tienen lugar en Sevilla durante el mes de **ABRIL**

con la **Semana Santa**, perpetuación solemne de la tragedia del Calvario, y con la **Feria**, exaltación del espíritu artístico y efusivo de la ciudad, á cuyos espectáculos le da **Sevilla** un color y un ambiente tan original como extraño y sugestivo

14

VIERNES
SANTO

Y 18, 19 Y 20, FERIA DE ABRIL

Fiestas primaverales de Sevilla

VALENCIA

PRODUCCION DIARIA
250,000 KILOS

LOS ARROCES LLUCH & HIJO
SE CONSUMEN EN TODO EL MUNDO

CEREO-LECITINA EJARQUE
ALIMENTO VEGETAL COMPLETO a base de Cereales y Leguminosas

Muy agradable para los niños
Insustituible como alimento en los casos de intolerancia gástrica
y afecciones intestinales. Convalecientes

Análisis de garantía del DR. PESET

Farmacia y Laboratorio Ejarque
VALENCIA

LA INSTITUCIÓN CERVERA VALENCIA (España)
ES UNA INSTITUCIÓN INTERNACIONAL DE ENSEÑANZA

LA MÁS IMPORTANTE DE EUROPA

ENSEÑANZA POR CORRESPONDENCIA: Electricidad, Mecánica, Agricultura, Química,
... Arquitectura, Construcción, Ingeniería, Electroterapéutica, Automovilismo, Aviación ...

Tenemos Ingenieros, Arquitectos y Alumnos de las anteriores especialidades en todo el mundo

Para informes, pormenores y matriculas, dirigirse por correo a la
INSTITUCIÓN CERVERA • Apartado 66 • VALENCIA (España)

USE USTED

MAGNESIA efervescente
del **DR. TRIGO**

Rechazad las numerosas imitaciones

YO TOMO
SIEMPRE

ANÍS RIOS

JOSE RIOS-SILLA (VALENCIA)

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

Rogamos á nuestros corresponsales, suscriptores, anunciantes y á todas aquellas personas que se dirijan á nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

Prensa Gráfica

Apartado 571

MADRID

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

Carne de membrillo
JUSTO ESTRADA
PUENTE GENIL

LEA USTED
LOS VIERNES

**NUEVO
MUNDO**

REVISTA POPULAR ILUSTRADA
40 cénts. en toda España

SULFHYDRAL CHANTEAUD
de PARIS

a base de Sulfuro de Calcio puro muy eficaz para preservación y Tratamiento de la GRIPPE, ANGINA, BRONQUITIS LARINGITIS CATARRALES, SARAMPIÓN, COQUELUCHE, VIRUELA.
DEPÓSITO EN LAS BUENAS BOTICAS y URIACH C^a, 49, Bruch, BARCELONA

IMPRESA DE PRENSA GRÁFICA, HERMOSILLA, 57, MADRID

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS
La Esfera, Mundo Gráfico, Nuevo Mundo

Y

La Novela Semanal

en la

LIBRERÍA DE SAN MARTÍN

Puerta del Sol, 6

y en la

CENTRAL DE PUBLICIDAD

Calle de la Cruz, 27

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

**ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO**

Caimen, 10, ALCOPLERA, Madrid



La Esfera

ILUSTRACION MUNDIAL

MADRID Y PROVINCIAS...	Un año	40 pesetas
»	Seis meses	22 »
EXTRANJERO	Un año	60 »
»	Seis meses	35 »
PORTUGAL	Un año	45 »
»	Seis meses	25 »

Oficinas: Hermosilla, 57.—Teléfono S-9

Misterios de la Policía y del Crimen
PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN

Almorranas

Curación segura y completa, sin operación, de las hemorroides con

Supositorios **Anusol** Goedecke

que se introducen en el recto.

Anusol Goedecke hace ya más de 20 años que está acreditado y recetado por los médicos. **Anusol Goedecke** calma pronto los dolores, produce una evacuación agradable y cura por completo. No contiene componente nocivo alguno. A cada caja acompañan instrucciones exactas para su uso. Pídase en farmacias el único y legítimo **Anusol Goedecke** y rechácese toda imitación ilegal de nuestra marca. El nombre "**Goedecke**" garantiza la legitimidad y eficacia completa del producto.

SE VENDEN

los clichés usados en esta Revista. Diríjanse á esta Administración, Hermosilla, 57

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS